



UNIVERSIDAD DE BELGRANO

Las tesinas de Belgrano

**Facultad de Humanidades
Licenciatura en Psicología**

El concepto de angustia en la obra de Freud

Nº 21

Mauro Vallejo

Profesor Tutor: Jorge Luis Santalla

Departamento de Investigación
Junio 2002

Índice

Resumen.....	3
Introducción.....	3
Desarrollo.....	4
· Primer teoría de la angustia.....	5
· Segunda teoría de la angustia.....	14
· Teoría de los afectos y angustia.....	19
· Angustia y representaciones.....	21
· Angustia y castración.....	24
· Angustia y pulsión.....	26
· Angustia señal y angustia automática.....	28
Conclusión.....	30
Referencias bibliográficas.....	31

Resumen

En el presente trabajo se realiza una revisión del concepto de angustia en la obra de Freud a partir de muchos de sus escritos y de textos de otros autores psicoanalíticos. El objetivo principal es arribar a una definición de dicho concepto en la obra freudiana, reconociendo su evolución e indicar las distintas características y facetas que el término angustia posee a partir de su articulación con otros conceptos de la teoría psicoanalítica. Se reconocen dos teorías de la angustia en los trabajos de Freud: la primera plantea que la angustia se produce a partir de libido insatisfecha o reprimida, y la segunda, que se inicia en 1926 con la publicación de *Inhibición, síntoma y angustia*, sostiene que la angustia es una reacción frente a un peligro, reacción que puede ser creada por el yo. Se inscribe luego la angustia en una teoría general de los afectos, según la cual todo afecto guarda relación con un hecho pretérito, del cual deriva. Se articula el concepto de angustia con el trabajo representacional del aparato, con el concepto de pulsión y con la problemática de la castración. Se diferencia por último la angustia señal de la angustia automática, términos ambos de la segunda teoría.

Introducción

“Estamos consagrados históricamente a la historia, a la construcción paciente de discursos sobre discursos, a la tarea de oír lo que ya ha sido dicho. (...)...comentar es admitir por definición un exceso del significado sobre el significante, un resto necesariamente no formulado del pensamiento que el lenguaje ha dejado en la sombra, residuo que es su esencia misma impelida fuera de su secreto; pero comentar supone también que este no-hablado duerme en la palabra, y que, por una superabundancia propia del significante, se puede al interrogarlo hacer hablar a un contenido que no estaba explícitamente significado”

(Michel Foucault, *El origen de la clínica*, pp. 10 – 11)

En el presente trabajo se investigará el concepto de angustia en la obra de Sigmund Freud. Dicho concepto junto con su evolución son elementos centrales en el magnífico edificio teórico que constituye la obra freudiana.

En su afán de comprensión del sujeto, la angustia en tanto que afecto acaparó rápidamente la atención de Freud, y durante toda su labor científica trató de definir dicho concepto, elaborando distintas teorías al respecto y proponiendo interrelaciones y mecanismos explicativos que pudieran dar cuenta de él. En rigor, la innegable significatividad de la angustia en el psicoanálisis se infiere del papel central que dicho concepto ocupa en la teoría de las psiconeurosis y en las ideas referidas al mecanismo y función de los síntomas.

Gran variedad de trabajos del mismo Freud son una fuente imprescindible para aprehender las definiciones y caracterizaciones que atañen al concepto de angustia. Por un lado se encuentran trabajos que específicamente intentan brindar puntos de vista o hipótesis referidas a la angustia, haciendo entrar en

relación dicho concepto con otros conceptos de la obra psicoanalítica en formación; tal es el caso de textos como la Lección XXV : La angustia (Freud, 1916-17), que constituye el primer escrito dedicado por entero a la angustia y que la explica como derivación de la libido reprimida; Inhibición, síntoma y angustia (Freud, 1926), trabajo que marca el inicio de la segunda teoría de la angustia y que establece la distinción entre angustia automática y angustia señal, y la Lección XXXII: La angustia y la vida pulsional (Freud, 1933), que amplía las consideraciones del texto antes mencionado y clarifica la relación entre la angustia y la experiencia de desvalimiento. Por otro lado, existen escritos que, a pesar de sus títulos o de su contexto, igualmente resultan de capital importancia para el seguimiento de la teoría freudiana de la angustia; a esta característica responden textos tales como Análisis de la fobia de un niño de cinco años (Freud, 1909), que constituye un historial clínico de una histeria de angustia en el cual dicho afecto se comprende como fruto de la represión, Lo Siniestro (Freud, 1919), trabajo que define un tipo de afecto angustioso que aparece en relación al retorno de lo reprimido, y El Yo y el Ello (Freud, 1923b), escrito en el que Freud deja asentada la segunda tópica en la cual el aparato psíquico queda dividido en tres instancias.

En otro orden de cosas, existen también trabajos de autores psicoanalíticos que hicieron suya la labor de comprender tanto la evolución del concepto de angustia en la obra de Freud como su inscripción dentro de la teoría freudiana tomada en su conjunto. Brevemente, se pueden enumerar los trabajos de Laplanche (2000), quien realiza una revisión del concepto en función de tres ejes : la angustia en las neurosis, la angustia en la tópica y la angustia moral; el texto de Jallinsky (1993), quien articula los conceptos de angustia y pulsión; el libro de Cosentino (1998) quien pondera los textos de Lacan a la luz de los escritos freudianos de la angustia; y el trabajo de Abadi (1993), quien se detiene en los distintos tipos de angustia que aparecen en la teoría psicoanalítica. Es menester dejar en claro que se recurrirá a estos trabajos únicamente en su calidad de instrumentos o herramientas que colaboran en la labor de comprensión de los escritos de Freud, ya que el interés no es realizar una exégesis acerca de las distintas lecturas que a lo largo del tiempo se hayan realizado sobre la teoría freudiana de la angustia.

El objetivo será realizar un recorrido por los trabajos de Freud (y otros autores) que más aportes realizan respecto del concepto de angustia en la obra freudiana, con el fin de detectar las distintas definiciones que Freud realizó de la misma, indicar evoluciones y desglosar el concepto de la angustia articulándolo con otros términos vitales de la teoría, como el de pulsión, desvalimiento, etc. Para ello habría dos métodos de trabajo: en primer lugar, se podrían presentar los textos de Freud en orden cronológico con el objetivo de rescatar de ellos las definiciones que de la angustia aportan y con qué otros conceptos ésta queda relacionada. En segundo lugar se podría optar por elegir distintas facetas de la angustia y términos con los que está interrelacionada en la obra de Freud más allá del orden temporal de los escritos. Para una mayor claridad expositiva se utilizará tanto el primer como el segundo método.

El trabajo consta de 7 apartados. Los dos primeros se encargarán de presentar las dos teorías freudianas de la angustia, indicando los aportes e innovaciones que realiza cada uno de los escritos. El tercer apartado está dedicado a presentar la angustia en relación a lo que podría llamarse la teoría (o las teorías) freudiana de los afectos. Las siguientes tres secciones ahondan en las relaciones de la angustia con otros conceptos tal como se pueden deducir de una lectura atenta de la obra freudiana; tales conceptos son los de representación, pulsión y castración. Un último apartado versa sobre la distinción que Freud realiza hacia el final de su teoría entre angustia señal y angustia automática.

Desarrollo

Antes de proseguir, es preciso realizar una aclaración, quizá emulando la estrategia discursiva del texto freudiano, consistente en presentar cada trabajo como diálogo con un interlocutor en quien las objeciones no se hacen esperar. Tal vez se quiera formular la objeción (en todo caso valedera) de que se toman a la ligera muchos conceptos que de suyo implican un detenimiento y una elaboración pormenorizada. La respuesta es que este trabajo no pretende explicar toda la teoría psicoanalítica, sino sólo uno de sus conceptos. Ahora bien, el psicoanálisis no es una aglomeración de conceptos y técnicas que se superponen arbitrariamente. Pretender dedicarse a sólo uno de sus términos implica riesgos (aunque al mismo tiempo quizá sea la única forma de incrementar o hacer justicia a la teoría) que se asumen aquí con responsabilidad. Diversos términos y construcciones, tales como pulsión o represión, serán mencionados en este trabajo sólo en la medida en que ayudan a clarificar aspectos o inscripciones de la angustia, y de ellos se darán definiciones acotadas, ya que de lo contrario la extensión de este trabajo, y su pretensión abarcativa, lo harían deplorable.

Se intentará no caer en excesivas repeticiones y enunciados redundantes que harían de esta lectura una experiencia sofocante. Los enunciados o hipótesis no deberían ser coágulos, sino invitaciones a seguir, mojones en un camino dinámico cuyo horizonte (que se espera sea alcanzable) sea una coherencia y una claridad conceptual respecto del mentado término en la obra de Freud.

Primer teoría de la angustia

En este trabajo se distinguirán 2 momentos en la teorización de Freud respecto del concepto de angustia. El diferenciar dos teorías freudianas de la angustia es una actitud muy arraigada (por ejemplo, Laplanche (2000) y Abadi (1993)) e incluso el mismo Freud, cuando en *Inhibición, síntoma y angustia* y en la Lección XXXII de las Nuevas Lecciones Introductorias al Psicoanálisis retoma sus ideas previas sobre la angustia, lo hace refiriéndose a una concepción anterior y una actual; es decir, ubica dos teorías.

Sin embargo, no todos los autores están de acuerdo con esta distinción entre dos teorías. Emanuel, por ejemplo, se refiere a tres etapas diferenciadas; la primera estaría signada por la certeza de una transformación de libido insatisfecha en angustia; posteriormente se produce un giro con la introducción del concepto de la represión, y la última etapa tiene como eje rector la diferenciación de una angustia señal y una angustia automática (2001 : 8). Similar clasificación es defendida por Basch (1993 : 1115-6). Por otra parte, Valls no concuerda con la idea de que existan distintas teorías de la angustia en la obra de Freud, sino que a su parecer se trata de una sola que se va complejizando (sin fecha: 51).

De todos modos, en este apartado se estudia lo que se ha dado en llamar la primer teoría freudiana de la angustia, que engloba más de 30 años de producción teórica, que finaliza en 1926 con la aparición de *Inhibición, síntoma y angustia*. Nos detendremos en fragmentos de muchos de estos primeros trabajos y comprobaremos que, a pesar de la constante que otorga unicidad y autonomía a esta primera concepción – la cuestión energética -, dentro de esta primer teoría la angustia como concepto va de alguna forma evolucionando, sobre todo a partir de la entrada en escena de la represión.

El Manuscrito E (Freud, 1894 a) constituye un excelente ejemplar de los primeros intentos por parte de Freud de explicar la angustia, en este caso en referencia a la neurosis de angustia. La angustia es el resultado de una transformación, a partir de una tensión sexual somática que ha quedado insatisfecha por no haber hallado elaboración psíquica. Incluso se detiene en la enumeración de los casos en que la angustia aparece por causas sexuales (1894a : 3494):

1. Angustia en personas vírgenes.
2. Angustia en personas con abstinencia deliberada.
3. Angustia en abstinentes obligados.
4. Angustia en las mujeres sometidas al coito interrumpido.
5. Angustia en los hombres que practican el coito interrumpido.
6. Angustia de los hombres que exceden la medida de su deseo o de sus fuerzas, obligándose a realizar el coito.
7. Angustia en los hombres ocasionalmente abstinentes.

Cuando la tensión llega a un nivel, debe ser elaborada psíquicamente, entrar en relación con grupos de ideas que planean la acción específica que conseguiría hallar la satisfacción. En la neurosis de angustia sucede que el enlace psíquico es insuficiente, no forma un afecto sexual (1894 a : 3495) y por lo tanto la tensión, "...que no llega a ser ligada psíquicamente, se convierte en angustia" (1894 a : 3495).

La aparición de la angustia en las condiciones arriba enumeradas se debe precisamente a la carencia de ligazón psíquica de la tensión sexual.

"La tensión sexual física se convierte en angustia cuando es producida en abundancia, sin que la elaboración psíquica le permita convertirse en afecto, ya sea por insuficiente desarrollo de la sexualidad psíquica, por el intento de coartarla, por su descomposición o por una alienación habitual de la sexualidad física y la psíquica" (1894 a : 3497).

Se trata de un texto muy claro, donde se comprueba que la angustia queda explicada por una transformación de una energía, pero hay que tener muy presente el papel primordial que se le otorga a la elaboración psíquica en el trabajo de ligar esa tensión sexual para llevarla a una satisfacción (rasgo que quizá quede desdibujado o relegado a un segundo plano en otros escritos sobre las neurosis actuales), trabajo que de no aparecer deja paso a la angustia. En palabras de Laplanche, no deja de haber elementos psicológicos en esta teoría aparentemente fisiológica de la angustia, ya que se resalta la idea de que existe una inadecuación entre la excitación sexual en el nivel somático y la posibilidad de elaborar esta excitación en el nivel psíquico (2000 : 46). También hay que remarcar que esa tensión que se muda en angustia se refiere a la vida sexual del sujeto.

En el Manuscrito F nos hallamos ante similar teoría, ejemplificada con un caso clínico. Freud escribe: "Trátase de un debilitamiento del dominio psíquico sobre la excitación sexual somática que persiste desde hace tiempo y que facilita la producción de angustia ante cualquier aumento circunstancial de la excitación somática" (1894c : 3500). Idéntica aseveración merece el manuscrito J (1895b).

El texto *La neurastenia y la neurosis de angustia*, publicado en 1895, es una reescritura del Manuscrito E y contiene todas sus ideas principales. En él nuevamente la etiología de la neurosis de angustia se relaciona con ciertas prácticas sexuales (sobre todo el coito interrumpido). Luego de presentar un listado detallado de los síntomas de la neurosis de angustia, distingue las condiciones en que dicha patología aparece en mujeres (1895c : 188) de las condiciones que lo hace en los hombres (1895c : 189).

En lo que respecta al concepto de angustia, repite con palabras casi idénticas las ideas que anteriormente encontramos en las páginas de su correspondencia con Fliess. Concluye que "...el mecanismo de la neurosis de angustia ha de ser buscado en la desviación de la excitación sexual somática, de lo psíquico, y en un consiguiente aprovechamiento anormal de dicha excitación" (1895c : 193). Cada una de las causas sexuales que constituyen los factores etiológicos de la neurosis de angustia (que ya hemos enumerado más arriba) provocan un freno, una interrupción del normal desenvolvimiento del trabajo psíquico representacional, y por consiguiente la tensión sexual de origen corporal se descarga en angustia.

Sin embargo, la acumulación de excitación somática (causa de la angustia) nunca ha quedado explicada directamente por la ausencia de descarga o de orgasmo. "Lo que hay, en primer lugar, es ausencia de psiquización (...), ausencia de simbolización de la excitación somática. El problema, en la neurosis actual, es un problema de simbolización o también de fantasmaticización" (Laplanche, 2000 : 48).

Hacia el final de este texto de Freud, escrito clave de la primer teoría de la angustia, se encuentra este curioso pasaje : "...la psique es invadida por el afecto de angustia cuando se siente incapaz de suprimir por medio de una reacción adecuada un peligro procedente del exterior, y cae en la neurosis de angustia cuando se siente incapaz de hacer cesar la excitación (sexual), endógenamente nacida." (1895c : 196) El interés de este enunciado reside en la afirmación de que la angustia como afecto está ligada a un peligro externo, idea que acosará al pensamiento de Freud hasta el final, tanto en su distinción (por momentos, por él mismo desmentida) de angustia real / angustia neurótica, así como en sus últimas propuestas de explicar que el peligro al que remite la angustia es un peligro real y externo (peligro de castración realmente vivenciado).

El Proyecto de una psicología para neurólogos (1895e) constituye uno de los escritos que obedecen a la primera tópica, al igual que la carta 52 y el capítulo VII de la Interpretación de los Sueños. En particular, posee interés un pasaje que, a pesar de que no menciona la palabra angustia, sí aporta elementos para comprender este afecto aquí innominado: "Si la imagen mnemónica del objeto (hostil) [es decir, algógeno] es recatectizada por un motivo cualquiera (por ej. por nuevas percepciones), surge un estado que no es el del dolor, pero que guarda con él cierta semejanza. Este estado incluye el displacer y la tendencia a la descarga que corresponde a la vivencia de dolor (...) En la vivencia del dolor propiamente dicho, era la cantidad exterior (Q) irrumpiente la que elevaba el nivel en Y. En su reproducción – en el afecto – la única cantidad (Qn) que se le agrega es la cantidad (Q) que catectiza el recuerdo..." (1895e : 231).

Es decir, la angustia como afecto se explica por la recatectización de un rastro mnémico de una experiencia displacentera, dolorosa. El yo, para ahorrarse la experiencia de angustia, puede desarrollar una catexia colateral que consigue inhibir el pasaje de cantidad desde la huella mnémica de la experiencia displacentera hasta el desencadenamiento de displacer. Este proceso es llevado a cabo por el yo debido a la atención que presta a la inminente recatectización de la huella mnémica hostil.

El ejemplo clínico de Emma puede ayudar a la comprensión de este proceso. Dos elementos de la situación reciente, la risa y el hecho de estar en una tienda, funcionan como símbolos que conducen a la situación primera, el pellizco en los genitales por parte del pastelero. Freud escribe : "...entre tanto ella se ha vuelto púber y el recuerdo despierta – cosa que sin duda no pudo hacer cuando ocurrió– un desencadenamiento sexual que se convierte en angustia." (1895e : 252).

Evidentemente persiste la afirmación de que una tensión sexual deviene angustia, pero aquí hay participación del recuerdo; un recuerdo despierta un afecto que no pudo suscitar cuando ocurrió en forma de vivencia. Aún no reconocía la sexualidad infantil, mas esa carencia en la teoría no va en desmedro de su riqueza explicativa.

Merced al ulterior descubrimiento de la sexualidad infantil y a la admisión de la persistencia de mociones pulsionales inconscientes, perdió significatividad el problema planteado por el hecho de que el recuerdo de un trauma infantil pudiera tener mucho más efecto que su vivencia real en el momento de producirse el trauma.

Es momento de detenerse en la carta 75 de la correspondencia con Fliess (1897), ya que contribuye con algunos aportes a la teoría de la angustia. En este escrito introduce Freud el carácter polimorfo perverso de la sexualidad infantil, afirmando que durante aquel período las zonas anal y bucofaríngea fueron fuente de

excitación sexual, e incluso lo fue toda la superficie del cuerpo. Si durante la infancia esas zonas fueron irritadas, luego, por la acción diferida del recuerdo, se producirá una descarga sexual más poderosa debido al desarrollo puberal. En el caso de las zonas erógenas abandonadas, la acción diferida del recuerdo no producirá un desprendimiento de libido, sino de displacer. La represión queda explicada por el apartamiento por parte del preconciente y del sentido conciente del recuerdo.

“Mas, ¿cuál es el resultado de la represión normal? Algo que libremente puede llevar a la angustia, pero que en <ligadura> psíquica produce el rechazo, es decir, la base afectiva de una multitud de procesos intelectuales del desarrollo, como la moral, el pudor y otros semejantes” (1897 : 3590).

Es decir, la angustia deviene de la represión en el caso en que afecto queda desligado, y - rasgo desde ya importante - no se la deriva ya directamente de una tensión sexual insatisfecha.

Las vivencias infantiles que afectan los genitales producen luego libido. En el caso de las vivencias relacionadas con zonas erógenas abandonadas, la libido, despertada por acción diferida, lleva a la represión. En este texto Freud decide considerar como factores separados lo que causa la libido y lo que causa la angustia (aunque deje un tanto indeterminada la situación de la angustia), decisión nunca antes esbozada, y que recién retomará en 1926 con Inhibición, síntoma y angustia. Cuando el recuerdo concierne a vivencias relacionadas con el ano, la boca, etc., producirá repugnancia interna, y el desenlace será que ya no habrá irrupción de cierta libido a la acción o a la traducción en términos psíquicos, sino que se verá obligada a irrumpir en forma regresiva. En este momento de su teoría libido y repugnancia están asociativamente unidas, no así libido y angustia.

Otra novedad que introduce este escrito, es la del concepto de regresión y la idea de que la neurosis a adquirir estará determinada por el momento evolutivo que haya transformado una fuente de placer interno en una fuente de repugnancia interna.

Un año más tarde, en La Sexualidad en la etiología de las neurosis (1898) (texto en el que introduce el concepto de neurosis actuales para englobar la neurastenia y la neurosis de angustia) retorna a la concepción – que de todas formas no había jamás abandonado – de que “...la angustia es, en general, libido desviada de sus fines” (1898 : 320). Freud explica la angustia de la neurosis de angustia, tal y como venía haciéndolo desde siempre, por ciertas prácticas sexuales que no logran una satisfacción suficiente. Este escrito es uno de los casos ejemplares en que, aunque la teoría en sí permanece inmodificada, no se insiste tanto en el papel que juegan la elaboración psíquica y la ligazón representacional en la génesis de la angustia.

Ha de resaltarse que en la mayoría de estos primeros escritos raramente alude al concepto de angustia en referencia a las psiconeurosis (al menos no explícitamente y en profundidad). Así como éstas últimas aún permanecían en cierta penumbra respecto a su etiología, la angustia era sólo ubicable con facilidad en la neurosis de angustia, donde el papel de la libido insatisfecha se encontraba en el centro de la atención de Freud.

La angustia en La interpretación de los Sueños (1900) aparece al momento de teorizar acerca de los sueños de angustia (pero Freud oportunamente aclara : “...el problema de la angustia en el sueño se refiere exclusivamente a la angustia y no al sueño.” (1900: 699)). Freud afirma que también estos sueños son un cumplimiento de deseo; puede suceder que el yo reaccione contra la satisfacción de un deseo reprimido, reacción que puede incluso poner fin al sueño, interrumpiendo el reposo con un desarrollo de angustia (Freud, 1900 : 684).

El hecho de que se trate de una obra capital y que dilucida aspectos fundamentales respecto de la teoría psicoanalítica no quita que en lo referente a la angustia no se arribe con su aporte a una concepción clara y nítida. En una nota al pie fechada en 1919, Freud escribe, refiriéndose al estatuto del deseo en el sujeto (en tanto que sujeto que puede sentir extrañeza por su propio deseo) que “...la realización de los mismos no puede procurarle placer alguno, sino todo lo contrario, y la experiencia nos muestra que este afecto contrario, que permanece aún inexplicado, se manifiesta en forma de angustia.” (1900 : 698) Persiste, incluso para el mismo Freud, un resto, una sensación de algo aún incomprendido, de indeterminación, respecto de la angustia.

Hállase en este texto una afirmación de inestimable valor en la teoría freudiana : un proceso psíquico que desarrolla angustia puede ser (o quizá deba ser siempre) sin contradicción una realización de deseos. Freud lo explica argumentando que el deseo pertenece al Inconsciente, y lo preconciente lo ha reprimido. Luego de producirse la represión, las excitaciones inconscientes de las representaciones reprimidas sólo pueden desarrollar un afecto displaciente, la angustia. Según Laplanche para comprender este papel de la represión en la transformación de libido en angustia, hay que distinguir dos niveles de represión: una secundaria, que reprime un contenido ya cargado de angustia, y una primaria que está en el origen de la transformación (a través de la separación entre libido y representación) (2000 : 120).

Líneas más adelante sostiene que el síntoma (que implica al mismo tiempo una descarga del deseo inconsciente y una forma de controlarlo por parte del preconciente) se crea para evitar el desarrollo de angustia.

En este extenso trabajo se encuentran múltiples referencias a la angustia, pero sin que se haga mención a las neurosis actuales, situación difícil de hallar hasta entonces. La angustia queda ahora explicada por el proceso represivo, pero no por ello deja de constituir el resultado de una energía que se muda en algo cualitativamente diferente. Tampoco deja de ser la sexualidad una referencia obligatoria al tratar la angustia, ya que el deseo inconsciente reprimido (cuya excitación deviene angustia) es de obvia naturaleza sexual. La confirmación de que la teoría de la angustia sigue circulando por las sendas hasta entonces recorridas, sale al encuentro renglones más abajo, cuando Freud explica la angustia que el niño siente al observar el acto sexual; se trataría de una excitación sexual no dominada por su comprensión (se torna imperioso recordar el debilitamiento de la elaboración psíquica de los escritos anteriores), y que además es rechazada por referirse a los padres, que se transforma en angustia (1900 : 700). Asimismo, continúa, la angustia nocturna de los niños encuentra su razón en impulsos sexuales incomprendidos y rechazados.

En *Tres Ensayos para una Teoría Sexual* (1905) puede hallarse un breve fragmento y una nota al pie que resumen con claridad la concepción freudiana de la angustia. En dicha nota al pie, fechada en 1920, Freud afirma : "...la angustia neurótica es originada por la libido y representa un producto de la transformación de la misma, como la vinagre lo es del vino" (1905 : 1226). La metáfora de la vinagre condice con el tinte fisiológico que esta teoría aún conserva en la década del 20, pero hay que tener en todo momento en claro que más allá de algunas definiciones que parecen caer en la simplificación excesiva, el concepto de angustia en la obra freudiana queda anudada a esa energía desbordante que delata la efectividad de lo pulsional y que da cuenta de un aparato cuyo avatar representacional puede quedar inhibido o dificultado.

En este mismo texto explica la angustia infantil (que en éste y otros trabajos servirá de parámetro de comparación y de ejemplo clínico concluyente) ante los extraños y ante la oscuridad como la transformación de una libido insatisfecha (deseo de estar con el miembro de la pareja parental amado). Ese mismo mecanismo aduce Freud para explicar la angustia de los adultos.

La ventaja de esta primer teoría, que fielmente defiende la hipótesis de un transmutación de libido en angustia en los casos en que la primera no halla satisfacción, es que la angustia permanece ajena a todo temor. La angustia no remite a otra angustia, a un miedo más profundo o primordial. Esto no constituye una apreciación valorativa en el sentido de concluir que esta primer teoría sería mejor o más justa que la posterior, sino que lo que intenta resaltar es solamente que esta primer concepción no conlleva el riesgo que pudiera encontrarse en la segunda, en la cual Freud se afanará por remitir la angustia a un peligro, concluyendo en un instante que toda angustia neurótica es angustia de castración (postura desde ya justificada y respetable), pero enseguida confunde los términos y supone la castración como peligro real y externo.

En *El Delirio y los sueños en la <Gradiva>* de W. Jensen (1907) nuevamente se aborda el fenómeno de la angustia, y Freud afirma que la angustia nerviosa surge de la libido por el proceso de la represión (1907 : 1317).

Sin lugar a dudas el Análisis de la fobia de un niño de cinco años (1909) constituye un hito en la conceptualización freudiana de la angustia. Es un historial clínico en el cual dicho afecto domina por completo la escena. Gran parte de su interés reside no sólo en la cantidad de referencias teóricas a la angustia que aparecen en el escrito mismo, sino en el hecho de que constituye un trabajo al que Freud retornará constantemente en sus textos posteriores con el fin ya sea de brindar nuevas interpretaciones a los síntomas, ya de cuestionar apreciaciones vertidas con anterioridad.

El primer indicio de angustia aparece en un sueño de angustia relacionado con la pérdida de la madre. "El niño ha soñado con las caricias de la madre, ha soñado que dormía con ella en la cama, y todo el placer y todo el contenido de representaciones han sido transformados en su antítesis." (1909: 1426) Un sueño que fracasa le va a permitir diferenciar la emergencia de la angustia de la constitución de la fobia (Cosentino, 1998 : 31). Inmediatamente después es presa de angustia cuando está en la calle con su niñera, y pide que lo lleven con su madre. No sabe a qué tenía miedo, y este detalle es central, ya que primero emerge el afecto de angustia, que sólo en un segundo tiempo será relacionado al miedo a que lo muerda un caballo. Esta angustia queda explicada por un aumento de los impulsos tiernos hacia la madre, que son reprimidos, proceso que culmina con el afecto displaciente (Cosentino, 1998 : 33).

"Esta angustia, correspondiente a un deseo erótico reprimido, carece, en un principio, de objeto, como toda angustia infantil" (Freud, 1909 : 1375). Sin embargo, cuando vuelve a salir acompañado por su madre (objeto de sus impulsos) igualmente siente angustia, hecho que indica una no – reversibilidad de la angustia en libido (Cosentino, 1998 : 42). Luego de producida la represión, el objeto de deseo no alcanza para frenar la angustia. "La angustia perdura, aún cuando el deseo pudiera ser satisfecho. No puede ser ya totalmente retransformada en libido. Hay algo que la mantiene en la represión." (Freud, 1909: 1376).

Luego sobreviene la fobia. El caso Juanito es mucho más complejo que lo que normalmente se pretende cuando se afirma que le tenía miedo a los caballos para no admitir que temía a su padre (creencia que incluso Freud hizo suya, por momentos, al final de su vida). Este historial clínico es rico en observaciones minuciosas y su tratamiento excede a los objetivos y alcances de este trabajo. Freud señala que la constitución de la fobia (con sus inhibiciones y precauciones) es consecuencia de una labor psíquica encaminada a ligar de nuevo psíquicamente la angustia liberada; sin embargo, esta empresa no consigue retransformar la angustia en libido, y se contenta con impedir el desarrollo de angustia por medio de las defensas que componen la psiconeurosis (1909: 1425).

En síntesis, el caso Juanito, a pesar de su complejidad, sostiene una concepción de la angustia en tanto que derivación actual de una libido reprimida (dirigida a la madre). En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926) esta teoría de la angustia será reemplazada por otra, y, al momento de retomar este historial de histeria de angustia, Freud afirma que el miedo al caballo no sería otra cosa que un miedo al padre desplazado, simbolizado; un miedo reemplaza a otro miedo (Laplanche, 2000: 137). Según Laplanche esta última postura es harto cuestionable, por un lado porque lejos de que la hostilidad del caballo sea la transposición de la hostilidad de un padre amenazante, ella estaría más bien en razón inversa a la del padre real porque vendría a suplir un elemento estructuralmente ausente (2000: 137-8); por otro lado, la hostilidad del caballo, más que por la hostilidad del padre, está sustentada en la hostilidad del propio Juanito (2000: 138). De todas formas, esa emergencia de angustia es la base y condición de la constitución de la fobia, y los elementos que elige para ligarse no son arbitrarios, sino que se encuentran inscriptos en complejos significantes (Para tener una idea de la sobredeterminación, de la multiplicidad de vías por las que tal o cual elemento del complejo sintomático resulta ligado a ciertos elementos inconscientes, consultar el esquema de la página 104 del libro de Laplanche (2000)).

En *El psicoanálisis silvestre* (1910), aunque Freud no adiciona nada a la teoría de la angustia, sí realiza una aseveración significativa: no sólo las personas que sufren neurosis de angustia padecen angustia. “Con lo cual (...) el valor estructural que han adquirido el factor psíquico y la represión interrogan y cuestionan la supuesta pureza de la neurosis de angustia.” (Cosentino, 1998: 29). Considera a las neurosis actuales como dependientes del factor somático de la vida sexual (Freud, 1910: 1573), sin poder determinar aún el papel que en ellas juegan la represión y los procesos psíquicos. Para estas neurosis propone, como lo venía haciendo, una terapia actual que modifique las prácticas sexuales del sujeto.

En esa misma línea se ubican sus *Contribuciones al Simposio sobre la masturbación* (1912), donde retoma su teoría etiológica de las neurosis actuales. Sin embargo, en esta ocasión resalta la interdependencia, antes no tan nítidamente explicitada, entre las psiconeurosis y las neurosis actuales. Considera que éstas aportan el material excitativo que posteriormente será revestido psíquicamente, de modo tal que el núcleo del síntoma psiconeurótico está formado por una manifestación sexual somática. Aunque esta afirmación parezca extraña, guarda total coherencia con sus escritos previos. Por ejemplo, en el caso Juanito, la angustia en sí seguía siendo de origen actual, es decir, era la derivación casi directa e inmediata de una tensión insatisfecha; esa angustia luego era ligada, y para dicha ligazón se recurría a los elementos (significantes) de sus complejos. En las psiconeurosis los factores psíquicos eran ya de primordial importancia, y había participación de la represión, el simbolismo, pero la angustia (que al fin y al cabo es de lo que se defienden los sujetos por medio de sus síntomas) seguía teniendo una causación actual, no histórica.

Resulta llamativo el aporte que realiza Freud con su escrito sobre *La Represión* (1915b). En él la angustia es presentada como el afecto resultante del proceso de la represión, proceso que desliga el representante – afecto (componente de la representación psíquica de la pulsión, montante energético de ésta) del representante – representación (Freud, 1915b: 2057). En realidad, la angustia es uno de los tres destinos de ese representante - afecto luego de la desligazón.

En esa misma dirección se enmarcan los aportes del escrito *Lo Inconsciente* (1915c), en el cual la angustia es presentada como el afecto que sobreviene cuando el desarrollo de afecto emana directamente del sistema Inconsciente (1915c: 2068-9). Estas ideas serán tratadas con mayor detenimiento en los apartados *Angustia y Representación y Teoría de los afectos y Angustia*.

Conviene igualmente detenerse en el desarrollo que se realiza en este texto acerca de las tres etapas que Freud distingue en la formación de una fobia, pues ello arrojará cierta luz sobre algunas características de la angustia al mismo tiempo que sobre su papel en la dinámica de la constitución de un síntoma (Freud, 1915c: 2069-72) (Laplanche, 2000: 130-6) (Cosentino, 1998: 64-5):

Primer momento: surgimiento de angustia libre, consecuencia de la descarga de la investidura libidinal inconsciente de una representación rechazada; “...la carga inconsciente de libido de la idea rechazada deriva en forma de angustia” (Freud, 1915c: 2070). Este momento estaría representado en el historial de Juanito por la emergencia de angustia, previa al miedo al caballo, consecuencia de la represión de impulsos eróticos dirigidos hacia la madre.

Segundo momento: fijación de la angustia en una representación sustitutiva enlazada a la idea reprimida, pero suficientemente alejada de ella como para sustraerse a la represión (temor a que lo muerda un caballo). “Esta sustitución por desplazamiento permite una racionalización del desarrollo de angustia, aun incoercible.” (Freud, 1915c : 2070). En este momento queda explicitada la concepción fundamental del síntoma en la obra de Freud, que atribuye a la formación sintomática el carácter de compromiso, esto es, implica un surgimiento del inconsciente y una garantía frente a un surgimiento pleno y desnudo de éste. “...la representación del animal de angustia es el lugar de una contrainvestidura que impide el retorno en persona de la representación reprimida” (Laplanche, 2000 : 131). Con este mecanismo sólo se inhibe la representación inconsciente. El afecto sí puede reaparecer, pero de una manera localizada, lo que implica un beneficio en comparación con la angustia total que emerge en el primer momento. El desarrollo de angustia podrá producirse bajo dos condiciones:

1. Cuando la pulsión es excitada, la angustia aparece ligada al síntoma.
2. Cuando el objeto fóbico es reencontrado, la angustia se desencadena en forma de miedo pánico (Laplanche, 2000 : 131-2).

Tercer momento: defensa, no ya frente a la amenaza de la idea inconsciente, sino frente al sustituto (ya que la representación sustitutiva sigue amenazando con angustia). En este momento se constituyen las evitaciones, prohibiciones y privaciones de la fobia. Esta fase será tratada con mayor detalle en el apartado Angustia señal y Angustia automática.

La Lección XXV de las Lecciones Introductorias al Psicoanálisis (1916-17) es el primer trabajo de Freud referido preferentemente a la angustia, al mismo tiempo que el primero que alude al concepto desde el título mismo. Misma suerte corrieron conceptos fundamentales como la represión y las pulsiones, que venían madurando paulatinamente a través de por lo menos 20 años de desarrollo teórico, pero que recién luego de 1915 recibieron un tratamiento exclusivo. Es más, puede afirmarse, sin temor a generalizar o a caer en juegos retóricos, que es propio del pensar y teorizar freudiano el que las cosas así sucedan. Conocidas son ya las referencias a la renuencia de Freud a apurar la publicación de un trabajo, y la misma renuencia mostraba para intentar circunscribir y definir definitivamente algún concepto fundamental.

Para mayor precisión, no es este el primer escrito que lleva al concepto de angustia en su título. El Manuscrito E lleva por subtítulo “Cómo se genera la angustia”, y uno de los 7 trabajos nunca escritos, que debían complementar los textos metapsicológicos, al parecer llevaba por título La Angustia. Pero lo cierto y concreto es que esta Lección XXV es el primer trabajo escrito y publicado por Freud que versa completamente sobre la angustia.

Freud abre su escrito con la distinción –por cierto polémica- entre angustia real y angustia neurótica. La primera es presentada como racional y comprensible, constituiría la reacción a un peligro exterior y manifestaría el accionar del instinto de conservación. Pero cuando nos detenemos en ella, observamos que en realidad la reacción adaptada a una amenaza exterior sería la elección del medio para enfrentarla: fuga, defensa o ataque. Según Cosentino (1998 : 45), Freud cuestiona que la angustia realista sea racional y sea manifestación de la pulsión de autoconservación; al fin y al cabo sería mejor no desarrollar angustia.

Si se presta atención a la situación a que da origen la angustia, se comprende mejor su utilidad. Lo primero que en dicha situación se aprehende es que el sujeto se halla preparado para el peligro, está en un estado de espera, que se manifiesta en el incremento de la atención sensorial y la tensión motriz. Este estado de espera es favorable, y de él se derivan por una parte la acción motora y por otra el estado de angustia. “Resulta, pues, que el estado de preparación ansiosa es útil y ventajoso mientras que el desarrollo de angustia se nos muestra siempre como perjudicial y contrario al fin” (Freud, 1917 : 2368). Es decir, la angustia real puede ser desglosada en dos aspectos: un aspecto de preparación para el peligro y un aspecto irracional, que es el desarrollo de angustia. Este último aspecto lleva a buscar causas más allá de su función. Al respecto Laplanche afirma: “Ante una angustia, aunque fuera motivada, que se desarrolla en pánico, tenemos toda la razón para buscar en el inconsciente algo que haga eco a este pánico y que lo motive (...) Así toda angustia real, desde el momento en que se desarrolla, estaría subtendida por una angustia neurótica” (2000: 64-5). El mismo Freud, en Inhibición, síntoma y angustia (1926) aclarará: “Hay casos que presentan contaminados los caracteres de la angustia realista y de la neurótica. El peligro es notorio y real, pero la angustia ante él es desmedida (...) En este plus se delata el elemento neurótico. El análisis muestra que al peligro realista notorio se anuda un peligro pulsional no discernido.” (1926 :155) Ese peligro pulsional agregado quizá sea una exigencia pulsional masoquista, es decir la pulsión de destrucción vuelta hacia la propia persona (Freud, 1926 : 157). Por eso el yo responde en forma desmedida, aterrado ante la posibilidad de que tal moción halle una satisfacción..

En cuanto a la angustia neurótica (de la cual luego enunciará lo siguiente : “...cada vez que esta angustia se presenta debe existir algo que la provoca” (1917 : 2372)), Freud plantea tres formas en que puede hacer su aparición:

1. En primera instancia, puede tener lugar en forma de angustia flotante, una suerte de angustia general que predispone al sujeto a esperar las eventualidades más terribles. Freud la denomina angustia de espera o espera ansiosa, cuyo grado máximo se observa en la neurosis de angustia.

Para fundamentar esta presentación de la angustia en particular, Freud vuelve a echar mano a su vieja teoría de la etiología de la neurosis de angustia. En estos casos la angustia depende directamente de los procesos de la vida sexual, de la aplicación de la libido. Volvemos a encontrar en este texto la terminología que abunda en sus escritos del 1800 referidos a las neurosis actuales : coito interrumpido, excitación frustrada, abstinencia, menopausia. En todas estas circunstancias se discierne una "...acumulación de libido, cuyo curso normal es obstruido, y en segundo lugar, que los procesos a los que asistimos son únicamente de naturaleza somática. En un principio no vemos cómo la angustia nace de la libido y sólo comprobamos que ésta ha desaparecido y que su lugar ha sido ocupado por la angustia" (Freud, 1917 : 2373). No creo necesario acotar nada, ya que estamos familiarizados con esta concepción de la transmutación directa de la tensión sexual somática en angustia.

2. En segunda instancia, existe una angustia que presenta "...conexiones más bien psíquicas..." (Freud, 1917 : 2370), que aparece enlazada a objetos y situaciones. Estamos ante la angustia que acompaña a las fobias. Éstas últimas pueden subdividirse en tres tipos:

- a- Fobia ante objetos que normalmente despiertan miedo (serpientes por ejemplo).
- b- Fobia ante situaciones que implican un peligro, pero muy lejano (por ej. un viaje en ferrocarril, soledad). "Lo que en estas fobias de los neuróticos nos parece extraño, no es tanto su contenido como su intensidad" (Freud, 1917 : 2371).
- c- Fobias al parecer incomprensibles (zoofobias, agorafobia).

3. Una tercera forma de angustia neurótica resulta un tanto enigmática, ya que no hay relación entre el desarrollo de afecto y una amenaza que lo justifique. Se trata por ejemplo de la angustia que acompaña los síntomas histéricos o surge en una excitación que nos haría esperar otra manifestación afectiva distinta. Por último, puede aparecer en forma espontánea e inesperada para el enfermo. En este caso puede la manifestación de angustia limitarse a sólo uno de sus aspectos (temblores, vértigo, palpitaciones) estando ausente incluso el sentimiento característico de angustia (1917 : 2372).

Para el fenómeno de la angustia en las histerias (ya sea en los síntomas o en los accesos) Freud agrega que en muchas ocasiones es posible analizar la situación que ha engendrado la angustia o los síntomas a que acompaña, y descubrir la corriente psíquica reprimida, que ha sido reemplazada por la angustia. De no haberse producido la represión de una representación, ésta hubiese alcanzado la conciencia y el proceso hubiese sido acompañado por un afecto cualitativamente variable. "La angustia constituye, pues, la moneda corriente por la que se cambia o pueden cambiarse todas las excitaciones afectivas cuando su contenido de representaciones ha sucumbido a la represión" (1917: 2374). Son reconocibles aquí las ideas anteriormente desarrolladas en La Represión y en Lo Inconsciente.

Una última observación acerca de la angustia neurótica se refiere a la problemática obsesiva. En estos pacientes la imposibilidad o la prohibición de llevar a cabo sus actos sintomáticos (ceremoniales) desencadena una terrible angustia que los impele a retomar dichos actos. De ello se deduce que el acto obsesivo tiene por función sustraer al sujeto del desarrollo de angustia (1917: 2374). Idéntica aseveración podría realizarse respecto de la histeria, estando entonces dadas las condiciones para formular un principio general : "...los síntomas no se forman sino para impedir el desarrollo de la angustia, que sin ellos sobrevendría inevitablemente" (1917: 2374).

Una conexión entre la angustia real y la neurótica es posible gracias a la idea de la existencia de una oposición entre el yo y la libido. De la misma forma que la angustia real es la reacción frente a un peligro, en la angustia neurótica el yo busca escapar a las exigencias de la libido "...y se comporta con respecto a este peligro interior del mismo modo que si de un peligro exterior se tratase" (1917 : 2375).

Pero aún un halo de penumbra persiste en la temática. Es evidente que la angustia, que implica la huida del yo ante su libido, es al mismo tiempo engendrada por esta última. "Lo que aún permanece oscuro para nosotros es la dinámica tópica del desarrollo de la angustia, o sea la cuestión de saber cuáles son las energías psíquicas gastadas en estas ocasiones y cuáles los sistemas psíquicos de que provienen" (1917: 2375). Para responder a este interrogante Freud recurre a algunas ideas respecto de la angustia infantil y la angustia en las fobias.

A. ¿La angustia infantil, es angustia real o neurótica? La solución más simple sería defender la primera posibilidad alegando la debilidad del niño, que provocaría que el infante temiese a múltiples situaciones reales. Pero su ingenuidad y simpleza chocan contra la evidencia clínica. Un dato muy importante es que el niño en un comienzo no experimenta angustia sino ante otras personas, siendo los demás objetos ajenos a su preocupación. Su angustia real es mínima: ni el fuego, ni las alturas, los animales, los cuchillos suponen un peligro para la mente infantil.

La angustia que el niño padece ante el extraño no es de naturaleza real, es decir que no teme que ese otro lo dañe o implique un riesgo para su vida. La angustia se desencadena simplemente porque en ese rostro esperaba ver al de su madre, y la libido a emplear para ligarse a la percepción de dicho objeto amoroso queda insatisfecha y muda en angustia.

Igual explicación encuentran los miedos infantiles a la soledad y la oscuridad. En conclusión, "...la angustia infantil no tiene casi ningún punto de contacto con la angustia real y se aproxima, por el contrario, considerablemente a la angustia neurótica de los adultos. Como ésta, debe su origen a la libido inempleada" (1917: 2377).

Esta teoría de la angustia infantil es simple, va directamente en el sentido de las neurosis actuales : la angustia infantil no es otra cosa que libido no empleada. El sujeto desborda de libido, y es esto lo que se nos manifiesta y lo que es percibido por él como angustia. Como se verá más adelante, detrás de esas experiencias de la angustia infantil, es el nacimiento el que aparece como primera situación, como prototipo y causa de las ulteriores situaciones de angustia (Laplanche, 2000: 78).

B. En las fobias, al igual que en la angustia infantil, la libido sufre una transformación en angustia real aparente "...y el más mínimo peligro queda así capacitado para constituir un sustitutivo de las exigencias libidinosas" (1917: 2377). En el caso de los adultos, el estado afectivo asociado a una representación reprimida se descarga en angustia, primer momento y condición para la constitución de la sintomatología fóbica (1917: 2378). Sabemos ya que ulteriormente se proyecta al exterior el peligro representado por la libido, y se teme al objeto. Como vemos, aún en el caso de las histerias de angustia sigue considerando Freud una génesis energética y actual de la angustia por medio de la represión. Es en este sentido que puede afirmar : "El contenido de una fobia es a la misma , aproximadamente, lo que al sueño su fachada manifiesta." (1917: 2379). En forma apresurada, podría pensarse que de la misma forma que el contenido manifiesto es secundario y que lo importante es el latente, el objeto fóbico es anecdótico y arbitrario, y sobre lo que hay que detenerse es sólo en la representación reprimida. Ello implicaría no sólo desconocer la teoría de los sueños, la cual otorga un papel vital al contenido manifiesto en tanto que único acceso al sueño, en tanto que solamente la asociación a partir de los fragmentos del relato permite un acceso a la verdad del sujeto que en ese sueño pone en juego un deseo; no es sólo desconocer dicha teoría, sino también pretender ignorar los desarrollos del propio Freud acerca de Juanito por ejemplo. En dicho historial es cierto que hay una represión de una moción, pero no es menos significativo el hecho de que el objeto fóbico constituido esté entramado en todo un complejo de representaciones que derivan de estructuras nodales como el Edipo, las teorías sexuales, etc..

Si hemos de tomar dicha cita al pie de la letra, estamos en la obligación de reconocer que si lo que se pretende es develar algo de la otra escena, y que hace a la verdad del sujeto (contenido latente, deseo pulsional en la fobia), no existe otro mecanismo que no sea el de atender a un relato significativo.

Un último punto presente en este texto, enunciado en sus primeras páginas, es el referente al acto de nacimiento como prototipo del desarrollo de angustia. Todo afecto repite un suceso anterior, y la impresión que reproduce el afecto de angustia es justamente el acto de nacimiento. El acto de nacer nuclea esas sensaciones de displacer, tendencias a la descarga y sensaciones físicas que constituyen el prototipo de la acción que un grave peligro ejerce sobre nosotros, repitiéndose a lo largo de la vida como un estado de angustia. "La causa de la angustia que acompañó al nacimiento fue el enorme incremento de la excitación (...) Resulta, pues, que la primera angustia fue de naturaleza tóxica" (1917: 2369). En el nacimiento se produce un desborde energético, un ataque interno que se va a reencontrar en toda angustia (Laplanche, 2000 : 79).

Hasta aquí, la Lección XXV. Se trata de uno de los desarrollos más completos de Freud sobre la angustia, y que forma un todo. Como bien lo señala Laplanche (2000 : 62) no estamos ante una teoría intermedia entre la primera y la segunda; este escrito adscribe completamente a la primera concepción económica. Pero es innegable que se trata de una etapa más evolucionada de dicha teoría, y, a diferencia de los primeros escritos, otorga más interés a las psiconeurosis que a las neurosis actuales. Y lo que es aún más importante, están ya presentes los conceptos que harán de ejes rectores en la segunda teoría : el yo y la noción de peligro. A partir de aquí la angustia será cada vez con más frecuencia remitida a un peligro (en este texto esbozado como el peligro que la libido supone para el yo). En otro orden de cosas, la introducción de la idea del nacimiento como prototipo fisiológico de la angustia preanuncia su posterior desarrollo respecto del desvalimiento frente al exceso de excitación.

El texto que sigue en este encadenamiento es Lo Sinistro (1919). Constituye un escrito engañoso, de apariencia simple, pero se intuye que esconde encriptadas referencias que una lectura superficial descuidaría. Creo que no en vano cuando Lacan se propuso dedicar uno de sus seminarios anuales al tema de la angustia, tomó como cita obligada este breve opúsculo.

Cuando explicita sus objetivos, Freud escribe : "...discernir, en lo angustioso, algo que además es siniestro" (1919 : 2483). El término "además" allí ubicado implica que lo siniestro es una forma de angustia, una forma a que se adiciona (o se sustrae) algo. La condición para que algo desencadene la sensación de lo siniestro es que estimule a manifestarse a restos de una actividad psíquica animista, los evoque (1919 : 2497). "...todo afecto de un impulso emocional, cualquiera sea su naturaleza, es convertido por la represión en angustia, entonces es preciso que entre las formas de lo angustioso exista un grupo en el cual se pueda reconocer que esto, lo angustioso, es algo reprimido que retorna. Esta forma de la angustia sería precisamente lo siniestro , siendo entonces indiferente si ya tenía en su origen ese carácter angustioso, o si fue portado por otro tono afectivo" (1919 : 2498). Lo siniestro es algo que debiendo haber quedado oculto (reprimido), se manifiesta; es algo familiar, pero que se tornó extraño por la represión.

Los factores que transforman lo angustioso en siniestro (lo reprimido que debía permanecer como tal y retornó de lo reprimido) son el animismo, la magia, los encantamientos, la omnipotencia del pensamiento, las actitudes frente a la muerte, las repeticiones no intencionales y el complejo de castración (1919 : 2499). "...lo siniestro en las vivencias se da cuando complejos infantiles reprimidos son reanimados por una impresión exterior, o cuando convicciones primitivas superadas parecen hallar una nueva confirmación" (1919 : 2499).

En Más Allá del Principio del Placer (1920) encontramos enunciada una nueva función de la angustia. Desde anteriores escritos ha quedado establecido que la angustia constituye un estado de expectación del peligro y de preparación para él. El nuevo aspecto jamás antes remarcado tiene que ver con su relación con el espanto, en tanto que la angustia es una protección contra él, y en consecuencia, contra la neurosis traumática (1920 : 2510).

Otras palabras para señalar en esa dirección respecto de la angustia son vertidas páginas más adelante, donde Freud afirma : "...la disposición a la angustia representa, con la sobrecarga de los sistemas receptores, la última línea de defensa de la protección contra las excitaciones." (1920 : 2522).

En El Yo y el Ello (1923b) volvemos a toparnos con un pasaje en que se alude a un combate contra la libido (1923b : 2720). El Ello combate contra la libido, que introduce perturbaciones en el curso de la vida, guiado por el principio de placer. "Si es cierto que el principio de la constancia (...) rige la vida, la cual sería entonces un resbalar hacia la muerte, serán las exigencias del Eros , o sea los instintos sexuales, los que detendrían, a título de necesidades, la disminución del nivel introduciendo nuevas tensiones . El Ello se defiende contra estas tensiones guiado por el principio de placer..." (1923b : 2720-1). Rescato este párrafo porque en él queda en claro que las pulsiones, en tanto que generan tensión, quedan ligadas al displacer. Y lo hago para poder de alguna forma replicar al propio Freud cuando más tarde afirme que no hay en la pulsión en sí nada peligroso.

También en El Yo y el Ello Freud considera las sujeciones a las que se ve sometido el Yo y las respectivas angustias que dan cuenta de tales circunstancias. Tenemos un Yo enfrentado a 3 peligros : la libido, el mundo exterior y el Superyó. El punto nodal es que el Yo se constituye en la verdadera residencia de la angustia. "Amenazado por tres distintos peligros, desarrolla el yo el reflejo de fuga , retirando su carga propia de la percepción amenazadora o del proceso desarrollado en el Ello considerado peligroso y emitiéndola en calidad de angustia. (...) Ignoramos qué es lo que el yo teme del mundo exterior y de la libido del Ello. Sólo sabemos que es el sojuzgamiento o la destrucción, pero no podemos precisarlo analíticamente" (1923b : 2727). Estas consideraciones coinciden con lo anteriormente planteado en la Lección XXV, en el sentido de que el peligro surge como cuestión insoslayable al tratar la angustia. Del mismo modo, la angustia sigue conservando su carácter de transmutación de una carga deshecha. La novedad reside en la nueva tónica y en la introducción de la angustia del yo frente al Superyó, angustia explicable por el hecho de que el ser de cuya identificación se creó la instancia superyoica fue quien en su momento profirió la amenaza de castración, y esta amenaza es el "... nódulo en torno del cual cristaliza luego el miedo a la conciencia moral" (1923b : 2727).

E inmediatamente considera el caso de la supuesta angustia ante la muerte (que en realidad, al igual que la conciencia moral, son elaboraciones de la angustia de castración). La muerte no posee ningún correlato en el inconsciente (en opinión de Abadi (1993 : 1104) la angustia de muerte es el nombre que damos al temor a lo desconocido, y es cuestionable la afirmación de Freud de que no podemos temer lo que se desconoce) y su única explicación posible es que el Yo libera un gran caudal de libido narcisista, de alguna forma se abandona a sí mismo. Por lo tanto la angustia ante la muerte se desarrolla entre el Yo y el Superyó. Aparece en 2 circunstancias : en la melancolía (en cuyo caso el Yo se abandona a sí mismo debido a que se siente odiado por el Superyó) y en la amenaza de un grave peligro exterior. "Trátase de la misma situación que constituyó la base del primer gran estado de angustia del nacimiento y de la angustia infantil; esto es, de aquella situación en la que el individuo queda separado de su madre y pierde su protección" (1923b : 2727). Habría que añadir que aquí Freud comete la inexactitud de suponer que en el nacimiento de lo que se

trata es de una separación de la madre, ya que posteriormente añadirá que el bebé es incapaz de sentir dicho trauma como una separación (según Laplanche, es obvio que hay separación, pero ella no es percibida por el niño (2000 : 79)).

Al igual que en la Lección XXV, la angustia (o las angustias) se refiere y surge en relación a un peligro. Hay tres peligros amenazantes para el yo, y éste responde desarrollando angustia. Nos encontramos en la antesala de la segunda teoría, a la vez que completamente inmersos en la primera. Además de la noción de peligro, se va perfilando la castración como concepto primordial en el tema de la angustia; pero por el momento sólo una de las tres angustias remite a la castración.

Así se concluye con la revisión de los escritos que conforman esta primer teoría de la angustia, teoría que podríamos denominar energética, ya que, como Freud mismo lo admitirá más adelante, el énfasis está puesto en lograr circunscribir el origen cuantitativo, la fuente de energía a partir de la cual se crea la angustia.

Resulta extraño agrupar bajo un mismo título, y dar igual tratamiento, a textos tan dispares como lo son el Manuscrito E, Análisis de la fobia de un niño de cinco años y Más Allá del Principio del Placer. Extraño y al mismo tiempo incómodo, ya que es más lo que se ha dejado de lado de cada escrito que lo que se ha rescatado de él, pero ello es inherente al objetivo de detallar un trayecto en la evolución del concepto.

Quisiera aquí presentar en forma de breves enunciados las conclusiones que se desprenden de los aportes de todos estos textos respecto de una primera concepción freudiana de la angustia:

- Se trata de una teoría que se formula a través de más de 30 años de producción y que abarca la gran mayoría de los escritos de Freud (en la edición de Biblioteca Nueva, estaría representada por 3000 páginas sobre un total de 3600)
- Esta teoría de la angustia gira alrededor de una constatación y de una problemática: La constatación es del hecho de que en ciertas circunstancias aparece el afecto de angustia y la problemática gira en torno a definir su origen, quizá más aún que su causa (es obvio que perdura un interés en el por qué de la angustia), ya que el afán de Freud será lograr dilucidar una incógnita : si la angustia es un afecto que implica descargas, ¿de dónde obtiene su energía, a quién o a qué se la sustrae?.
- La angustia resulta de un destino alternativo de una energía. En el caso de la neurosis de angustia, la tensión sexual no elaborada deviene angustia. Con la introducción de la represión, y en lo que hace a las psiconeurosis, la angustia resulta de la descarga del afecto asociado a la representación reprimida.
- Con el aporte de El Yo y el Ello, la angustia real obtendría su energía de la sustracción de la carga de la percepción amenazadora, y la angustia neurótica lo haría a partir del retiro de la carga que le correspondía a la moción pulsional en el preconciente.
- El sujeto (a partir de El Yo y el Ello, el Yo) siente la angustia, la padece, es afectado por ella, mas no la crea.
- El desarrollo de angustia es de lo que se defiende el sujeto por medio de la creación del síntoma.
- En referencia al aporte de Más Allá del Principio del Placer, la angustia retiene una función claramente defensiva : defiende al aparato del espanto y de la neurosis traumática.
- Con Lo Siniestro se alude a una nueva faceta de lo angustioso. Un particular afecto de angustia (lo siniestro) deviene por los avatares de lo reprimido, cuando se produce su retorno. Este aspecto no será particularmente objeto de mayor interés ni en esta primer teoría ni luego, en la segunda concepción.
- En opinión de Laplanche, en esta teoría pueden señalarse dos puntos importantes (2000: 227) :
 - a. La originalidad del paso científico que liga la angustia al deseo sexual. La angustia no es comprensible por un miedo antiguo, metabolizado. Ella es un fenómeno originario que no guarda relación con un objeto de miedo; es la manifestación subjetiva de la invasión de un cierto límite por una libido no ligada.
 - b. El parentesco que en esta teoría subsiste entre las psiconeurosis y las neurosis actuales. En ambos casos el elemento central es el mismo : el surgimiento de la angustia.

Segunda teoría de la angustia

Si hubiese que indicar el punto exacto en que la segunda teoría freudiana de la angustia hace su aparición, ese punto indiscutiblemente es el escrito Inhibición, síntoma y angustia (1926). No hay duda de que su tema principal es la angustia. El detalle que resulta llamativo es que justamente el escrito de Freud que más se extiende sobre tal concepto sea un texto desordenado, con apéndices, con idas y venidas que van en desmedro de su coherencia y unicidad; indicios todos ellos de una dificultad por parte de Freud en lograr conferir al escrito un carácter unitario. Por ello se presentarán aquí los contenidos de este escrito en el orden en que aparecen, con el fin de que se aprehenda la forma en que pasa de un tema a otro y la manera en que extrae las conclusiones.

El salto de la primera teoría a una posterior está marcado en gran medida por la nueva tópica, que ubica al Yo (en parte inconsciente) en una posición no sólo de sujeción para con el Ello, sino como encargado y capacitado de reprimir las mociones pulsionales del Ello. Para que la represión tenga lugar, el Yo desinviste el representante psíquico de la pulsión a reprimir, y utiliza dicha energía para el desprendimiento de displacer (angustia), es decir, para la creación de la señal de angustia, que hace intervenir al principio de placer y se frena así la descarga pulsional (1926 : 88-9). "...se tiene el derecho a retener la idea de que el yo es el genuino almacén de la angustia, y a rechazar la concepción anterior, según la cual la energía de investidura de la moción reprimida se mudaba automáticamente en angustia" (1926 : 89). En su primer referencia a la teoría anterior, Freud opta por rechazarla, ya que la nueva tópica otorga al yo el atributo de producir él mismo un pequeño desarrollo de angustia, mientras que anteriormente de alguna forma era víctima pasiva de su desarrollo a consecuencia de la represión.

La explicación económica de la angustia no es necesaria, ya que no es producida como algo nuevo a raíz de la represión, "...sino que es reproducida como estado afectivo siguiendo una imagen mnémica preexistente" (1926: 89). Retoma aquí su teoría de los afectos como reminiscencias de hechos pretéritos. Para el caso de la angustia, sus rasgos característicos son tomados del acto de nacimiento, que constituye la primera vivencia individual de angustia.

Cuando en este trabajo retoma el historial de Juanito, concluye que la causa de la represión debe buscarse en la angustia de castración (al igual que en el Hombre de los Lobos): "En ambos casos, el motor de la represión es la angustia frente a la castración; los contenidos angustiantes – ser mordido por el caballo y ser devorado por el lobo – son sustitutos desfigurados del contenido <ser castrado por el padre>" (1926 : 103). La angustia en estos casos es una angustia de castración, es decir, (y aquí pueden alzarse las objeciones de Laplanche (2000)) angustia realista, frente a un peligro que es considerado como real (1926: 1004).

"Aquí la angustia crea a la represión y no – como yo opinaba antes- la represión a la angustia." (1926 : 104). Este fragmento, aunque Freud lo aplique sólo a las zoofobias por el momento, resume el giro en su concepción, giro que sólo la modificación de la tópica tornó posible.

En este sector del trabajo desmiente terminantemente su teoría anterior de una libido de la moción pulsional transmutada en angustia por efecto de la represión. Dicha concepción había sido engendrada principalmente del estudio de las neurosis actuales, donde eran observables tanto la presencia de prácticas sexuales que dejaban a la excitación sexual insatisfecha, detenida o desviada, como la existencia de montos de angustia. Freud asevera que "...esa observación sigue siendo válida hoy (...) puede seguir siendo correcto que a raíz de la represión se forme angustia desde la investidura libidinal de las mociones pulsionales. Pero ¿cómo armonizar este resultado con el otro, a saber, que la angustia de las fobias es una angustia yoica, nace en el yo, no es producida por la represión sino que la provoca?" (1926 : 105).

Luego de aplicarse a los fenómenos psíquicos, los mecanismos defensivos y los procesos de formación de síntomas de las fobias, las neurosis obsesivas y la histeria, Freud concluye que en todos dichos casos el motor de la represión del yo es la angustia de castración (1926: 117). Pero exclusivamente en las fobias dicha angustia es manifiesta. ¿Qué se ha hecho de ella en las demás neurosis? Freud vacila y no responde. Existe la posibilidad de que la angustia derive de una libido perturbada en su decurso (como afirma la primera teoría) y "...además ¿es seguro que la angustia de castración constituye el único motor de la represión (o de la defensa)? Si se piensa en las neurosis de las mujeres (...), no puede hablarse, en este caso en que la castración ya está consumada, de una angustia de castración en el sentido propio." (1926 :117). Somos testigos del discurrir del pensamiento de Freud. Sus hipótesis chocan contra objeciones y cuestionamientos, y todo este párrafo nos recuerda lo que afirmábamos más arriba acerca de la estrategia discursiva del texto freudiano, en el cual el pensar es un diálogo que avanza desde objeciones y dudas.

Las zoofobias infantiles pueden ser comprendidas más fácilmente : "...tan pronto como discierne el peligro de castración, el yo da la señal de angustia e inhibe el proceso de investidura amenazador en el Ello" (1926: 119). Al constituirse la fobia, la angustia de castración es desplazada a una representación sustitutiva y recibe una expresión desfigurada : por ejemplo, ser mordido por el caballo, en lugar de sufrir la castración por el padre. La formación sustitutiva presenta dos ventajas : en primer lugar, permite ignorar la ambivalencia hacia el padre; y en segundo lugar, permite al yo sustraerse del desarrollo de angustia (1926:119).

La idea presente en textos anteriores según la cual en la fobia actúa la proyección del peligro pulsional ahora es rectificadora : "La exigencia pulsional no es un peligro en sí misma; lo es sólo porque conlleva un auténtico peligro exterior, el de la castración. Por tanto, en la fobia, en el fondo sólo se ha sustituido un peligro exterior por otro" (1926: 120). Es difícil encontrar razones a esta frase. Por un lado, que Freud mismo afirme que la exigencia pulsional no es un peligro de por sí, puede implicar desmentir el principio de constancia y el de placer como reguladores del aparato psíquico, y dar por tierra tantos años de hegemonía de la certeza de que el aumento de tensión es asimilable al displacer. Por otro lado, igualmente polémico resulta

el hecho de que Freud sostenga que el peligro de la castración sea real y exterior. Según Laplanche este recentramiento en el Edipo y en el complejo de castración "...se presta a una interpretación que iría en el sentido de un verdadero aplanamiento del freudismo..." (2000 : 149). Se olvidaría el carácter amenazante de la pulsión, y en lo que a la angustia respecta, se la reduciría a un miedo, se dejaría de lado su lazo íntimo con el deseo. Pero, como se verá más adelante, esta teoría no siempre es sostenida ni siquiera en este mismo texto, ya que la castración será ulteriormente considerada un peligro porque impediría la unión con la madre (y con esto, la pulsión vuelve a ser considerada amenazante, como debe ser).

Laplanche efectivamente se detiene con especial interés en ese momento del pensamiento de Freud en el cual la pulsión deja de ser peligrosa de por sí, y en que la angustia de castración es una angustia real. Y enumera cuatro consecuencias que se desprenderían de esta teoría (2000: 235-8):

1. La angustia ya no está ligada orgánicamente a la efracción interna, pulsional, sino al peligro real, el de la castración.
2. La castración cae enteramente del lado de la realidad (cuando, verdaderamente, su realidad es la de ser un elemento estructurante u organizador).
3. El Edipo estaría enteramente del lado del juego pulsional, y como tal sucumbiría a la represión.
4. El síntoma es un sustituto de lo que reprime, no un retorno de lo reprimido.

Estos puntos son desarrollados de manera muy clara y convincente por Laplanche, pero creo que no hay que otorgar una importancia excesiva a esta suerte de falacia, de contradicción en el texto de Freud, ya que posteriormente el énfasis será puesto en el concepto de desvalimiento, y decaerá el interés en la castración (al menos en lo que hace a la angustia).

La ventaja de esta concepción de la angustia entendida como señal creada por el yo como reacción al peligro es que permite terminar con algunas imprecisiones acerca de la distinción entre angustia neurótica y angustia real; en ambos casos hay un peligro y la única diferencia es que en el caso de la primera el contenido es inconsciente y deviene conciente luego de una desfiguración (1926: 120).

Volviendo al papel central de la castración, las aseveraciones que se vertieron respecto de las zoofobias infantiles son igualmente válidas para las fobias de los adultos, y para la neurosis obsesiva (en cuyo caso el motor de la formación de síntomas es la angustia del yo frente al superyó, angustia que sabemos constituye un derivado de la angustia de castración) (1926: 122).

Ya que la angustia es la reacción del yo frente al peligro, Freud se detiene en el fenómeno de las neurosis traumáticas. La explicación ingenua haría de la angustia de muerte el factor principal, pero ya es sabido que en el inconsciente no hay representación de la aniquilación de la propia vida. Por ello Freud conjetura que "...la angustia de muerte debe considerarse como un análogo de la angustia de castración..." (1926 : 123). La ruptura de la protección contra los estímulos exteriores que tiene lugar en la neurosis traumática, ruptura que acarrea que ingresen al aparato volúmenes hipertróficos de excitación, nos lleva a una segunda posibilidad : "...la de que la angustia no se limite a ser una señal – afecto, sino que sea también producida como algo nuevo a partir de las condiciones económicas de la situación" (1926: 123). Es decir, el estudio del traumatismo permite reconocer dos formas de presentación de la angustia, al mismo tiempo que conduce a relacionar la angustia con la condición del desborde energético (desvalimiento).

En otro orden de cosas, la angustia de castración es representable también por pérdidas ocurridas en el pasado, como el retiro del pecho y la defecación. Esto implica que la angustia, hasta ahora considerada señal-afecto, puede referirse tanto al peligro de castración como a una reacción a una pérdida o separación. Si ahora retoma la angustia de nacimiento es para afirmar que ésta es una separación de la madre y puede compararse a una castración de la madre (ya que en el psiquismo existe la analogía pene = niño) (1926 : 123). Sin embargo, no es acertado sobreestimar esta relación de la angustia con la separación, ya que el nacimiento no es vivido psíquicamente como una separación y ya que la reacción ante la separación suele ser el dolor y el duelo, y no la angustia (1926 : 123-4). Somos testigos, siguiendo el discurrir del texto, de la innegable vacilación que aqueja a Freud y le impide arribar a una hipótesis que conduzca a una descripción terminante y nítida respecto de la angustia.

Es hora de volver a advertir que si se presenta cada idea de este texto en su orden de aparición es para que quede plasmada la dificultad que su escritura implicó para Freud. Estos saltos de un tema a otro tornan ardua la lectura. Recién después de haber tratado los items antes expuestos, Freud se detiene a conformar una definición de la angustia. La angustia es un estado afectivo displacentero con acciones de descarga. Esta definición fisiológica debe ser complementada con la observación de que el estado de angustia es la reproducción de una vivencia, el acto de nacimiento (1926 : 126). Es probable que las descargas que se producen en el desarrollo de angustia hayan tenido un carácter adaptativo cuando aparecieron por primera vez. Si en una nueva situación de peligro, vuelve a desencadenarse tal desarrollo de angustia con sus descargas, hay que admitir que dicha reacción es ahora inadecuada. Pero son reconocibles 2 posibilidades de emergencia de angustia : una, desacorde con el fin, en una nueva situación de peligro, que vendría a ser

la angustia automática; y otra, adaptativa, que señala y previene de tal peligro, que es la angustia señal producida por el yo (1926: 128).

Ahora bien, la pregunta central es ¿qué es un peligro?, ¿por qué el acto de nacimiento implica un peligro?. Si ante cada situación de peligro se repetirá la reacción de angustia que se presentó en el nacimiento, hay que averiguar por intermedio de qué y debido a qué es recordado el nacimiento. La vía que Freud emprende para dilucidar este enigma es el estudio de las situaciones que generan angustia en el niño: la oscuridad, la soledad y el rostro de un extraño. “Estos tres casos se reducen a una única condición, a saber, que se echa de menos a la persona amada (añorada)” (1926 : 129). La angustia se presenta ante la ausencia del objeto. Si se establece una analogía, la castración y el nacimiento también implican separación del objeto (falo y madre respectivamente).

Si se pregunta por qué extraña a la madre, la respuesta es porque ella satisface sus necesidades. “Entonces, la situación que valora como peligro y de la cual quiere resguardarse es la de la insatisfacción, el aumento de la tensión de necesidad, frente al cual es impotente.” (1926: 130).

Si reconocemos un peligro que subyace a la angustia ante el cual ella es reacción, ahora podemos precisar que dicho peligro es el aumento de las magnitudes del estímulo, el incremento de excitación. Si el objeto puede calmar dicha tensión, “...el contenido del peligro se desplaza de la situación económica a su condición, la pérdida de objeto” (1926: 130).

La angustia es producto del desvalimiento psíquico y físico del lactante. El sujeto, para sentir angustia, tuvo que haber precisado, y precisa, a un otro. La vivencia de desvalimiento implica la impotencia del recién nacido, que dada su prematuridad es incapaz de emprender una acción coordinada y eficaz. La angustia de desvalimiento es la angustia más temida, no tanto por la falta de apoyo que involucra, sino por la amenazante desorganización del yo (Lichtmann, 1993 :1234). En esta teoría de la angustia, el desamparo se convierte en el prototipo de la situación traumática y para sustraerse a él el sujeto precisa imperiosamente del otro que pueda rescatar a ese cuerpo- pulsión del abismal desborde traumatizante. “Freud sostiene que el dolor es la reacción adecuada frente a la pérdida, mientras que la angustia es la reacción frente al peligro que involucra esta pérdida y como consecuencia de un desplazamiento, la reacción al peligro de la pérdida misma.” (Lichtmann, 1993 : 1234).

La siguiente mudanza de la angustia (la primera fue de lo económico al objeto cuya pérdida se teme) es en angustia de castración. La angustia ante el peligro de perder los genitales remite a una pérdida de objeto : perder el pene es quedar separado de la madre (ya que no podrá unirse a ella por el coito), es decir, “...implica quedar expuesto de nuevo, sin valimiento alguno, a una tensión displacentera de la necesidad” (1926: 131). En fin, como bien lo indica Cosentino (1998 : 69-70) en este escrito la angustia de castración que sobreviene en la fase fálica es una angustia de separación ; el peligro en cuestión es la separación de los genitales; pero la posesión del falo contiene la garantía para una reunión con la madre y su privación equivale a una nueva separación de ella. La siguiente mudanza, explicable de por sí, es de la angustia de castración a la angustia moral (ante el superyó). En cierto sentido, cada situación de angustia corresponde a una determinada etapa de la vida.

Cuando retoma nuevamente su teoría anterior de la angustia, esta vez no la rechaza sino que la considera compatible con su concepción actual. Las prácticas sexuales que inhiben o detienen la descarga de la excitación sexual generan angustia a partir de libido (dato observable, que es la fuente de su anterior concepción) porque se produce un estado de desvalimiento del yo frente a una tensión hipertrófica de la necesidad (1926 : 133).

Para responder a la objeción que él mismo planteó acerca del papel de la angustia de castración en las neurosis de las mujeres, ahora responde que en la mujer sigue siendo eficaz la angustia ante la pérdida de objeto, o mejor dicho, ante la pérdida de amor del objeto (central en la histeria).

La introducción de la noción de peligro obliga a reformular las relaciones existentes entre angustia y síntoma. Éste último tiene como resultado cancelar la situación de peligro (que resulta del decurso pulsional amenazante, lo cual contradice su previa aseveración de que la pulsión no implica peligro alguno de por sí). “La angustia neurótica lo es ante un peligro del que no tenemos noticia. Por tanto es preciso buscar primero el peligro neurótico; el análisis nos ha enseñado que es un peligro pulsional.” (1926 : 154-5).

Esta relación con el peligro resalta aún otro aspecto de la angustia nunca antes manifestado : su carácter de expectativa; la angustia es siempre angustia ante algo.

Esa misma reconducción de la angustia hacia el peligro obliga a buscar la significatividad de la situación de peligro, y ella está constituida por la experiencia de desvalimiento (1926: 155). La situación de peligro es aquella en que se contiene la expectativa del acaecimiento de la experiencia traumática (desvalimiento vivenciado). “La angustia es entonces, por una parte, expectativa del trauma, y por la otra, una repetición amenguada de él.” (1926 : 155).

A modo de resumen y conclusión, Freud nos dice : “De acuerdo con el desarrollo de la serie angustia – peligro – desvalimiento (trauma), podemos resumir: La situación de peligro es la situación de desvalimiento discernida, recordada, esperada. La angustia es la reacción originaria frente al desvalimiento en el trauma, que más tarde es reproducida como señal de socorro en la situación de peligro.” (1926: 156).

La lección XXXII de las Nuevas lecciones introductorias al Psicoanálisis (1933) constituye el último escrito que será considerado y es el último trabajo de Freud referido al concepto de la angustia. A grandes rasgos, no introduce ninguna innovación, sino que vuelve a formular las hipótesis del escrito anterior.

Recuerda que la disociación de la personalidad (en Yo, Ello y Superyó) que impuso la última tópica hizo posible una nueva orientación respecto de la angustia. Con las nociones de que sólo el Yo puede producir y sentir angustia, y de que existen tres angustias, que corresponden a las tres servidumbres del yo, lo que principalmente se produjo en relación a nuestro concepto fue una reubicación del centro de interés. Pasó a un primer plano su carácter de anunciadora de un peligro y perdió énfasis el afán de reconocer la energía con la que se produce la angustia (1933 : 3149). Con respecto a este tema “secundario” (energético) es difícil una conclusión definitiva, ya que si bien es cierto que no se dedicó a él exhaustivamente, sí propuso una solución que no es totalmente contraria a la anterior; antes era la libido de la idea reprimida o la libido insatisfecha la que directamente se mudaba en angustia; actualmente la carga preconciente de la representación que busca una descarga es usada para generar la señal de angustia; aunque también es cierto que ya no habla de libido, debido a que el yo tiene a su disposición energía desexualizada; pero, en conclusión, la solución no es totalmente convincente.

En este escrito sí considera al destino del impulso instintivo reprimido luego de que la angustia señal hizo actuar al omnipotente automatismo del principio del placer. Ya no considera que esta carga libidinosa se mude en angustia, sino que puede suceder que el impulso permanezca inmodificado, o que la libido se dirija por otras vías, o, finalmente, que se produzca una regresión de la organización de la libido a un estado anterior (1933 : 3152). Este estudio del destino de la libido reprimida nos manifiesta otra debilidad del yo con respecto al Ello, pues “...con el acto de la represión renuncia a una parte de su organización y se ve obligada a permitir que el impulso instintivo reprimido quede duramente sustraído a su influencia” (1933: 3153).

Quisiera detenerme en dos afirmaciones, presentes tanto en Inhibición, síntoma y angustia como en esta lección: por un lado afirma que la angustia que causa la represión es una angustia ante un peligro externo :la castración (o la pérdida del amor del objeto en la mujer) (1933 : 3150). A esta idea subyace la aseveración de que la libido o la pulsión no son peligros de por sí, sino que lo son porque remiten a un peligro objetivo. Por otro lado afirma que la angustia de castración remite, al igual que las angustias infantiles y la angustia de nacimiento, a la situación penosa del aumento de tensión, situación que genera angustia cuando hay de por medio una separación de la madre. El problema es que a esta segunda hipótesis subyace una aseveración que contradice a la que subyace a la idea anterior. En este sentido tiene razón Laplanche (2000 : 235-8) al insistir en las consecuencias de esta concepción de la pulsión como no amenazante, ya que al parecer la introducción de la serie peligro – desvalimiento no alcanzó para que Freud se alertara y rectificara su falaz aseveración de que la pulsión sólo es un peligro porque conduce a una castración real y objetiva.

De la misma forma que en el caso de la primer teoría, se exponen aquí los rasgos principales de la segunda y última concepción freudiana de la angustia:

- Se impone un primer giro con la afirmación de que la angustia precede y crea a la represión, y no a la inversa.
- Un segundo giro está representado por la concepción de un Yo que no solamente padece la angustia, sino que la crea por sí mismo en forma de señal de angustia.
- Un tercer quiebre es que la dicotomía esencial ya no reside entre angustia neurótica y realista, o entre angustia ante el Ello y ante el Superyó, sino entre angustia señal (en tanto que angustia adaptativa y repetición aminorada del desarrollo de angustia) y angustia automática (reproducción no adaptativa de la angustia original).
- La angustia adquiere el estatuto de una expectativa, expectativa ante un peligro.
- El peligro es que el aparato vuelva a recibir un volumen hipertrófico de excitación o tensión, tal como ocurrió en el momento del nacimiento (situación traumática vivenciada).
- La angustia aparece en tanto que el aparato pasó por un estado de desvalimiento. “Adquiere status definitivo la indefensión (Hilflosigkeit)” (Cosentino, 1998 : 91).
- El temido derrumbe que siempre amenaza con tener lugar en un futuro, ya ha ocurrido, ya ha tenido lugar, pero, paradójicamente, sin haber hallado nunca un espacio psíquico. No se trata de un trauma sepultado en la memoria ni reprimido como inscripción en el psiquismo (Jallinsky, 1993 : 1178).
- Hace su aparición el objeto en relación a la angustia. La angustia sigue siendo un afecto que hace abstracción del objeto, peor no es sin objeto (en la primer teoría, el objeto si aparecía era como sustituto

al que se derivaba la energía con el fin de racionalizar la angustia); y este “no es sin objeto”, abre una nueva dimensión : hay objeto en juego en la angustia , objeto en relación a una pulsión que es alojada por – y que determina a – un sujeto corporal desvalido. Y ese objeto (la madre, luego el pene...¿y antes de la madre?) amenaza con su ausencia, y esa ausencia es el peligro. Cuando Freud encara la angustia de separación bajo los auspicios de pérdida de objeto, la interpreta como angustia en relación con el peligro de no tener ya a nadie con quien satisfacer las pulsiones (Lichtmann, 1993 : 1235).

- La angustia que crea el yo es una defensa. Al igual que la angustia, las defensas están en el yo (Milmaniere de Zylberman, 1993 :1284).
- Hay un cambio de pregunta : “Dicho cambio no apunta al origen sino a la función de la angustia y se sostiene de un nuevo vínculo, la relación, anticipada, angustia – peligro exterior” (Cosentino, 1998 : 17). Este vínculo permitirá distinguir la situación traumática de la indefensión, de la situación de peligro.
- Un nuevo giro deviene del encuentro que se produce entre indefensión y satisfacción masoquista (Cosentino, 1998 : 99), tal como queda comentado en una referencia que se hace en el apartado de la Primera Teoría acerca de una nota al pie de la página 157 de Inhibición, síntoma y angustia. Esa pulsión destructiva vuelta hacia el propio sujeto se hace efectiva cuando una angustia aterradora emerge en una situación de peligro exterior. Según Cosentino (1998 : 133) en este caso de angustia Freud va más allá de la insistencia en la pérdida de objeto.
- Se trata, según Laplanche, de una teoría más funcional (ya que Freud se empeña en hallarle una función a la angustia), más histórica (puesto que la angustia señal, como símbolo debe ser puesta en relación con otras experiencias angustiantes que ella repite, al mismo tiempo que constituye una especie de vacuna contra su retorno) y más objetivista (ya que hace de la angustia neurótica la repetición de un peligro o de una reacción a un peligro objetivo) (Laplanche, 2000 :62).
- La angustia en un principio sería la reacción adecuada a un peligro real. Reacción que luego puede ser utilizada con cierta finalidad como señal (Laplanche, 2000 : 146).
- Es una teoría con menos coherencia interna que la primera, sobre todo cuando se examina la contradicción planteada entre la idea de una pulsión no amenazante por sí misma y el desarrollo del concepto de desvalimiento (que lo sería ante la pulsión) como peligro al que remite la angustia.

Teoría de los afectos y angustia

Afirmar que la angustia es un afecto, ni más ni menos, sería a esta altura pecar por obviedad. Igualmente lo sería el recordar que si hay algo que caracterice a este afecto es el compromiso corporal, la forma en que el cuerpo entra en escena cuando la angustia por fin afecta.

Freud escribió sobre los afectos en tanto que ellos convocaron su cuestionar referido al sujeto, sujeto que siente en ocasiones al afecto como una fuerza extraña y cuestionadora del poder de la volición y del yo pensante. Muchas veces se desestima que Freud de alguna forma nos legó una (o unas) teoría de los afectos, es decir, un conjunto de ideas que tienden a explicar o ubicar en el sujeto a los afectos, y entre ellos a la angustia como uno más (y no justamente como el que podría desatenderse con más facilidad). Con respecto a este punto quisiera hacer dos observaciones para luego indicar la forma en que convergen:

1. Freud no se contenta con una descripción fenomenológica de la angustia (ni de ningún afecto), aunque en algunos de los primeros escritos como el Manuscrito B (1893b) y La neurastenia y la neurosis de angustia (1895c), se detuvo con cierta dedicación en la enumeración de los signos y síntomas de las neurosis actuales.
2. Freud inscribe a la angustia (y a los otros afectos, aunque no se explaje sobre ellos) en una teoría de los afectos –que más adelante será detallada – según la cual todo afecto remite a un suceso pasado, y del cual es reminiscencia.

Conformarse con la fenomenología del afecto implica la certeza de que lo que se muestra, lo manifiesto, es todo, que no hay que ir a buscar otra cosa (en tanto que significado) detrás de él (para una teoría fenomenológica de las emociones, véase Sartre (1971); remito a él para que mi escueta alusión a la teoría fenomenológica no de a entender que su aporte es ínfimo o superficial). Justamente la praxis freudiana y psicoanalítica se caracteriza desde un comienzo por la certidumbre de que tras el acto más nimio ejerce su efectividad otra escena, certeza que sustenta la explicación (y acción acerca) de los sueños, los lapsus y todas las formaciones del inconsciente. El hecho de que esta certeza deba derivar o no en un furor interpretativo o en la creencia en que todo, absolutamente todo, en el ser humano significa otra cosa, y tiene en las profundidades su negativo o reverso (una suerte de hermenéutica de las profundidades más profundas y escondidas; cuando en realidad de lo que se trata es de una lectura de ojos abiertos de algo tan material como el cuerpo y sus actos, y de algo tan audible y no menos material como la palabra) no será tratado aquí.

Esta misma búsqueda de un más allá (o más acá, ya que la palabra está aquí, pronunciada) converge y es una misma con dicha teoría de los afectos que pretenderá remitirse a otro suceso (prehistórico o no) para explicar los afectos. En ambos casos se trata de ese ir más allá.

A continuación se presentan algunas ideas y fragmentos pertenecientes a Freud que, de haber sido muchos de ellos más desarrollados, pudiesen haber llegado a constituir una teoría unificada y coherente de los afectos.

En el Manuscrito E (1894 a) la angustia aparece cuando la elaboración psíquica no permite a la tensión sexual convertirse en afecto. Laplanche añade al respecto: "El afecto mismo, entonces, es presentado ya como un nivel de elaboración, un primer nivel de ligazón; así, la angustia sería la desorganización del afecto, o aún el afecto más elemental, más primordial, más cercano a una excitación que se descarga de manera no específica." (2000 : 50).

Es interesante un fragmento de Tres Ensayos para una Teoría Sexual (1905), que puede tomarse de alguna forma como una teoría de los afectos. Freud afirma que todos los procesos afectivos intensos (incluso el horror) se extienden hasta el dominio de la sexualidad (1905 : 1213). Hay un efecto sexualmente excitante de algunos afectos desagradables en sí (temor, miedo, horror). Quedan así ligados de una extraña forma los afectos y el deseo sexual, pero esta vertiente no fue retomada en sus desarrollos sobre la angustia.

En La Represión (1915b) tenemos otro esbozo de lo que podría ser una teoría de los afectos, cuando afirma que el representante – afecto de la pulsión (que junto con el representante – representación, conforman los dos representantes psíquicos de la pulsión), cuando ha sido separado de la idea, "...encuentra una expresión adecuada a su cantidad en procesos que se hacen perceptibles a la sensación a título de afectos." (1915b : 2057). Es decir, los afectos derivan de la energía pulsional separada de la idea, pero es de notar que cuando afirma que son perceptibles a la sensación, está otorgando a los afectos cierto grado de ligazón. Laplanche dedica su atención a este fragmento y en su opinión es más una definición de la angustia que del afecto en general. "La angustia es el modelo mismo de lo que hay más puramente afectivo en el afecto; es la magnitud separada de la representación, y que encuentra una expresión adecuada a su cantidad, es decir, una expresión que no es finalmente más que la traducción de un fenómeno de descarga cuantitativa" (Laplanche, 2000 : 226).

Poco más adelante Freud considera que el destino del factor cuantitativo de la pulsión reprimida puede ser, o bien aparecer bajo la forma de un afecto cualitativamente coloreado de una forma u otra, o bien transformarse en angustia, o bien no dejar vestigio alguno. Es innegable ya que en la concepción freudiana, tanto el afecto como la angustia en particular (quizá el afecto más precario de todos) quedan indisolublemente ligados a los avatares de la pulsión (reprimida), en particular a su aspecto cuantitativo.

En esto que venimos llamando una teoría de los afectos, se introduce una dificultad (que dará lugar a más de una polémica, sobre todo en referencia a los autores de la escuela inglesa) cuando Freud escribe sobre el afecto inconsciente, sobre su posibilidad. "Siempre que la represión consigue inhibir el desarrollo de afecto, llamamos inconsciente a todos aquellos afectos que reintegramos a su lugar al deshacer la labor represiva" (1915b : 2068). En este texto vuelve a repetir los destinos que la represión impone al factor cuantitativo del impulso instintivo. Aunque aclara que no hay, estrictamente hablando, afectos inconscientes, como sí obviamente hay ideas de tal tipo. La diferencia procede de que las ideas inconscientes son cargas de huellas mnémicas, mientras que los afectos son procesos de descarga, es decir, carecen de la materialidad propia de aquellas.

La represión no sólo mantiene en lo inconsciente a la representación, sino que también puede coartar la transformación del impulso instintivo en una manifestación afectiva (1915b : 2068), es decir, el desarrollo de afecto. "El desarrollo de afecto puede emanar directamente del sistema Inconsciente, y en este caso tendrá siempre el carácter de angustia, la cual es la sustitución regular de los afectos reprimidos (...) ... el afecto no surge nunca hasta después de conseguida exitosamente una nueva representación en el sistema Conciente" (1915b : 2068-9).

Dos ideas primordiales se desprenden de este fragmento : por un lado, entre todos los afectos, la angustia es el que más da cuenta de los afectos reprimidos. Si hubo represión, es casi seguro que habrá angustia. Por otro lado, el afecto para cobrar vida (es decir, para afectar) precisa de una representación conciente. Se le reintegra de alguna forma a la angustia su carácter de ligadura, aunque persiste esa particularidad suya de estar en el borde entre la ligazón y la ausencia de ella.

Todos los párrafos anteriores aluden a algunos fragmentos de la obra de Freud que pudieran otorgar algunas características de los afectos en general y su ubicación en ciertos dinamismos psíquicos. Sin embargo, la teoría de los afectos propiamente dicha, la que aquí interesa, aparece enunciada recién en la Lección XXV de las Lecciones introductorias al psicoanálisis (1916-17).

Allí afirma que un estado afectivo está compuesto por inervaciones y descargas, y además ciertas sensaciones; éstas últimas comprenden percepciones de acciones realizadas, y sensaciones de placer y displacer que otorgan el tono fundamental al estado afectivo. En este sentido, tiene razón Laplanche cuando afirma que el afecto en Freud se concibe de manera muy cercana a lo somático (2000 : 51), pero creo que no es acertada su apreciación de que el afecto no tenga necesidad de representaciones para ser cualificado, ya que esta idea se contradice con lo planteado por Freud en *Lo Inconsciente*.

Pero estas apreciaciones no agotan el tema. En algunos estados afectivos, dice Freud, creemos poder remontarnos más allá de esos elementos y reconocer que el nódulo en derredor del cual ha cristalizado la totalidad se halla constituido por la repetición de cierto suceso importante y significativo vivido por el sujeto (1917: 2369). Este suceso corresponde a una impresión muy pretérita y puede que no pertenezca a la historia del sujeto mismo, sino a la prehistoria de la especie. "...el estado afectivo presenta la misma estructura que la crisis de histeria y es, como ella, el residuo de una reminiscencia. Podemos comparar, por tanto, la crisis de la histeria a un estado afectivo individual de nueva formación y considerar el estado afectivo normal como la expresión de una histeria genérica que ha llegado a ser hereditaria" (1917: 2369).

En la angustia en particular ese suceso pretérito está constituido por el acto de nacimiento, pero no insistiremos en este apartado respecto de tal idea.

Esta teoría de los afectos reaparece en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926). Es de notar que en cada oportunidad en que la retoma queda claro que el acto de nacimiento (primera reacción de angustia ante el peligro de hipertrofia energética) actúa en tanto que prototipo fisiológico, recuerdo no psíquico, y no como trauma a abreaccionar como en la teoría de Rank.

Volviendo a tal teoría de los afectos, el afecto entendido como histeria hereditaria marca un cambio radical de enfoque. El psicoanálisis no se dirige al afecto para detenerse únicamente en un desmenuzamiento descriptivo de sus ínfimos detalles, sino que su mirada imprime un más allá al suceso. El afecto debe remitir a otra cosa, y para ello debemos remontarnos a formas de reaccionar del organismo que en su momento tuvieron su razón de ser. Estamos ante uno de esos puntos de la teoría de Freud en que aún se dejan entrever las influencias de la biología y de la fisiología de mediados y fines del siglo XIX. Estos puntos plantean al lector una disyuntiva : puede, o bien pretender que Freud no quiso decir lo que dijo cuando lo dijo (y actuar acorde con dicha actitud, y olvidar esa mácula en la teoría), o bien abruptamente resolver que si escribía como lo hacía es porque nunca dejó de ser un científico mecanicista, y por ejemplo afirmar que si enunció esta teoría de los afectos es por su influencia darwiniana, de la cual nunca pudo despojarse. Creo que mas cauteloso y más sincero es reconocer que hay puntos en la teoría en que no podemos seguir a Freud (como quizá suceda en algunos pasajes de *Más Allá del Principio del Placer*), pero dichos puntos no pueden ser borrados por arte de magia; en cambio es nuestra obligación reconocer que si el texto freudiano nos permite una comprensión del sujeto, nos lo permite como un todo.

Angustia y representaciones

- "Tía, háblame, tengo miedo."
 - "¿Y de qué te sirve que te hable, si de todas formas no me ves?"
 - "*Hay más luz cuando alguien habla*", responde el niño.
- (Lección XXV, Pág. 2376)

En el presente apartado del trabajo me propongo estudiar la angustia desde el punto de vista de los avatares de la representación. El concepto de ligazón retiene cierta ambigüedad, ya que se lo utiliza tanto para hablar de las relaciones objetales como para referirse al destino del representante- afecto de la representación psíquica de la pulsión.

Con el correr de los párrafos se irá aclarando hacia dónde dirijo mi atención cuando relaciono el afecto de angustia con algo del orden de la representación o la ligazón. Pero desde ya que, y más allá de las diferencias que introduce cada teoría tópica en la organización del psiquismo, el aparato psíquico en Freud está signado por una dicotomía fundamental (y fundacional) : hay un afecto que puede separarse de la representación. Esta diferenciación, según Laplanche (20000 : 34), es compatible con los conceptos actuales de significado y significante respectivamente.

Ya en los primeros escritos de Freud, como por ejemplo el *Manuscrito E* (1894 a), se inscribe a la angustia en los avatares de lo representacional. Aunque una lectura ligera podría dejar la impresión de que nos encontramos ante una teoría exclusivamente fisiológica de la angustia, en varias ocasiones hace referencia a cómo la descarga de la tensión sexual (que impediría la aparición de la angustia) se hace por acciones específicas, organizadas por grupos de ideas. Afirma que el enlace psíquico es insuficiente y la tensión no ligada se convierte en angustia. Es claro que se está apelando a la capacidad representacional

simbólica del ser humano para explicar el afecto en cuestión. Dicho afecto se desencadena cuando es frenado el proceso de enlace psíquico que permitiría una eficaz satisfacción libidinal.

En un escrito anterior, *El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos* (1893 a), la asociación con representaciones es uno de los caminos (además de la descarga por reacción) para anular los efectos del trauma. Si recordamos cómo el trauma (que implica un incremento energético que abandona al aparato al desvalimiento) quedará enlazado al peligro al que reacciona la angustia en la última concepción de tal afecto, no podemos más que ver aquí, en este pasaje, otro intento de ubicar en una misma línea al trabajo representacional y a la angustia. Aunque la anticipación no debe ser sobreestimada. En este caso la reacción (por ej. el llanto) y la ligazón del suceso con otras representaciones son dos posibilidades de dar derivación a ese plus de energía que se encuentra en la fuente de todo trauma.

En un texto posterior, *Las neuropsicosis de defensa* (1894b), se explicita con total claridad un principio fundamental de la experiencia psicoanalítica, y un principio que es de vital importancia para comprender la angustia: representación y afecto son dissociables, ambos pueden seguir caminos disímiles. Tanto en la histeria como en la obsesión y la fobia se trata de ligar una angustia (afecto separado de una representación intolerable) que resulta displacentera, ya sea a otra representación, ya a una inervación somática.

Es interesante considerar una serie de trabajos que comparten tanto el momento cronológico en que fueron escritos así como su centramiento en el tema de las neurosis actuales (y fue justamente el estudio de ellas el que despertó en Freud el interés por la angustia): el Manuscrito F (1894c), *La neurastenia y la neurosis de angustia* (1895c) y *Crítica de la neurosis de angustia* (1895d). En todos ellos se insiste en el debilitamiento del dominio psíquico sobre la excitación sexual somática como condición de la generación de la angustia. Hay una tensión sexual que no decrece y un psiquismo cuya relación con la primera es del orden del defasaje.

En *La neurastenia y la neurosis de angustia* afirma que "...el mecanismo de la neurosis de angustia ha de ser buscado en la desviación de la excitación sexual somática, de lo psíquico, y en un consiguiente aprovechamiento anormal de dicha excitación" (1895c: 193). Por ejemplo, en el caso del coito interrumpido (causa frecuente de la neurosis de angustia), éste "...actúa perturbando la disposición psíquica al curso sexual por introducir junto a la labor de dominar el efecto sexual una distinta labor psíquica, produciendo así una desviación de la psique. También esta desviación psíquica hace desaparecer paulatinamente la libido, siguiendo entonces el proceso, a partir de este punto, el mismo curso que en el caso de la abstinencia." (1895c: 194-5).

Esto debería servir también para desterrar de una buena vez la creencia bastante generalizada de que en sus primeros trabajos Freud aboga terminantemente por una concepción meramente fisiológica y mecánica de la angustia (su posterior metáfora del vinagre y el vino colabora con esta desatinada creencia); estamos ante una teoría económica, indudablemente, para la cual existe una transformación actual de libido en angustia, pero para ello – y esto no es anecdótico o secundario – apela a factores psíquicos (y no podemos más que pensar lo psíquico relacionado con las representaciones) que colaboran para dicha transformación. La tensión sexual, para hallar satisfacción, precisa de ligaduras con representaciones a nivel psíquico, y cuando dichas ligazones faltan o son perturbadas, sobreviene el afecto de angustia.

En su escrito *Crítica de la neurosis de angustia* reafirma que "...la neurosis de angustia tenía por causa todo aquello que desviaba de lo psíquico la tensión sexual somática, perturbando su elaboración psíquica." (1895d: 199).

En el caso del *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895e), ya quedó explicado cómo la angustia se relaciona con el decurso de la energía que circula por un aparato formado por huellas mnémicas interconectadas. Por medio del caso Emma quedó demostrado que la angustia surge cuando una representación (la huella mnémica del incidente con el pastelero) es recatectizada a través de vías que quedan vinculadas por un simbolismo particular. Tanto la aparición de la angustia como el trabajo del aparato para sustraerse a ella se realizan con la intervención de representaciones que forman parte del recorrido de la energía.

En la carta 75 (1897) se afirma explícitamente que la angustia es el resultado de la represión, su consecuencia. El resultado de la represión es algo que libremente puede llevar a la angustia, pero que en ligadura conforma el rechazo (1897: 3590). Es importante detenerse en esta identificación de la angustia con lo no ligado, o por lo menos con una especie de ligadura muy débil, idea que puede aprehenderse en múltiples pasajes de la obra de Freud.

Pasamos ahora a uno de los textos principales de los que componen la larga serie de escritos que colaboran de una u otra forma a la dilucidación del concepto de angustia. Se trata del *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (1909). En él, la angustia nace como libido insatisfecha, a partir de los impulsos reprimidos. En un segundo momento el aparato se entregará a la labor de ligar el afecto de angustia al objeto fóbigeno, porque aún en este texto la angustia posee una derivación económica y permanece como afecto desligado.

Tomemos este extracto del historial de Juanito : “En efecto, la libido, desligada del material patógeno por la represión, (...) queda libre en calidad de angustia” (1909: 1425). Se observa que la angustia es asimilada, como en otras ocasiones, a algo del orden de lo desligado. Su naturaleza sería del orden de lo lindante con la pura energía. Veremos qué distinto tratamiento recibirá la angustia al momento de relacionarla con el espanto; en ésta última ocasión, el afecto de angustia será ya un primer nivel de ligazón, un afecto precario.

En efecto, en Más Allá del Principio del Placer (1920), el afecto de espanto que desencadena un suceso traumático queda explicado por la ausencia de la espera angustiada (1920: 2522). La angustia es la última línea de defensa para que no emerja el susto; aquella es una precaria forma de ligar la energía, que de otro modo conduce a un estado afectivo aún más aterrador. Al respecto señala Laplanche que la angustia, por poco simbólica que sea, al menos marca algo, un límite (2000: 67). “Pero cuando ni siquiera hay angustia, entonces es el reino de lo económico puro.” (Laplanche, 2000: 67) – y es sabido que la labor del aparato es defenderse de la energía (tensión), ligándola, por lo que la angustia ya aquí asume un estatuto de defensa en su calidad de afecto posibilitado de hacerse cargo de un monto de excitación.

En lo que respecta a esa espera angustiada o angustia – preparación, no es absorbida por la oposición última que Freud querrá imponer en 1926 : no es ni angustia automática (que se confunde en ese momento con el espanto) ni angustia señal, significante manipulado por el yo (Laplanche, 2000 : 199). Asimismo pareceme muy enriquecedora la observación de Laplanche de que el término de espanto, constante en el pensamiento freudiano desde un comienzo, se difuminará en beneficio de la posterior oposición entre señal de angustia y desarrollo de angustia (automática) (2000: 73).

Tenemos en Lo Inconsciente (1915c) un fragmento que llama nuestra atención y suscita cierta inquietud. En él Freud afirma que el desarrollo de afecto puede emanar del inconsciente (en cuyo caso se produce la angustia, “...la cual es la sustitución regular de los afectos reprimidos” (1915c: 2069)) pero a menudo el impulso instintivo tiene que hallar en el sistema conciente una idea sustitutiva, y recién entonces se produce el desarrollo de afecto (y la naturaleza de la sustitución conciente determinará el aspecto cualitativo del afecto). Estas ideas dejarían suponer que la angustia es mera descarga del afecto reprimido, sin atravesar por una ligazón; los demás afectos tendrían la característica de ser tales luego de producida una ligadura a una representación conciente, rasgo ausente en la angustia, simple descarga energética a – representacional. Pero líneas más abajo agrega: “...pero, en realidad, el afecto no surge nunca hasta después de conseguida exitosamente una nueva representación en el sistema Cc..” (1915c:2069). Constante fluctuación de la angustia entendida como desligada totalmente, al mismo tiempo que entendida como efecto de una ligazón precaria. Por ello coincido con la apreciación de Laplanche (2000: 226) de que “...la angustia es el afecto más descualificado, el afecto reducido, abreviado, lo menos psíquico que pueda ser.”

Hacia el final de este ensayo, Freud retoma algunas consideraciones sobre la naturaleza de la representación, y afirma que la imagen del objeto puede ser descompuesta en dos elementos : la imagen verbal y la imagen de la cosa. Partiendo de estos conceptos, puede entenderse (o retraducir) el proceso de la represión como la negación a las representaciones cosa (propias del inconsciente) de la posibilidad de ligarse a representaciones verbales. Quisiera dejar asentada la hipótesis de que la angustia, “sustitución regular de los afectos reprimidos”, implica una ligazón de la energía liberada, pero una ligazón límite, previa a la palabra. Si represión y palabra está tan íntimamente ligadas, y si represión y angustia no lo están menos, la angustia se estaría haciendo cargo de un trabajo que se impidió hacer a la palabra. En este sentido rescato el trabajo de Goldstein Herman, quien señala que ante la ausencia de representaciones (situación presente en el neonato y en el afásico) las excitaciones no hallan posibilidad de ligadura y se experimentan como angustia (1993 : 1149-50).

En Inhibición, síntoma y angustia (1926), la cuestión reside en otras consideraciones. Si el yo puede usar la angustia señal para frenar el avance de la moción pulsional, y si la angustia automática implica que se produzca una hipertrofia energética sin que el yo haya podido emitir su señal para impedirla, esto significa que la angustia señal es una suerte de representación, de significante, que puede crear el yo como reacción al peligro. En palabras de Laplanche (2000 : 34), estamos aquí al final de una evolución por la cual se pasó de una concepción puramente económica de la angustia a la angustia con valor de representación (angustia señal). Este afecto señal es una ligazón precaria que pone en funcionamiento un proceso defensivo por intermedio del principio del placer. Según Jallinsky (1993 : 1172) la angustia es, por un lado, el afecto menos elaborado y cercano a la descarga en bruto, liberadora de energía (descarga desintoxicante), pero es, por otro lado, susceptible de una cierta elaboración : puede ser transformada en angustia señal.

Podría seguirse con el citado de pasajes en los que se menciona la angustia en relación a una representación, pero con ello se repetiría mucho de lo ya escrito en los apartados que corresponden a la primer y segunda teoría.

Espero que haya quedado aclarado el sentido de este apartado y para cerciorarme de ello intentaré resumir en breves puntos las conclusiones:

- En los primeros escritos el afecto de angustia aparece cuando hay una carencia representacional (en el dominio psíquico) que no permite a la tensión sexual somática hallar su satisfacción.
- Con los escritos que aluden al proceso de la represión, la angustia será el afecto que normalmente se hace cargo del montante energético que se separó de la representación.
- La angustia aparecerá en sí misma como una forma de ligazón, pero de un carácter límite, precaria. Por momentos queda asimilada con una simple descarga energética o tensional, pero si nos detenemos en algunos puntos - sobre todo en el hecho de que cualquier afecto precisa de una representación, y en el estatuto de la angustia como medio de no caer en el espanto - no podemos más que acordar a este afecto un estatuto del orden de lo representacional.
- La angustia, sobre todo en el caso de las zoofobias, incita de por sí a una ligazón con una representación que otorgue una cierta racionalización al afecto (lamento ser reiterativo, pero recordemos nuevamente ese detalle nodal del historial de Juanito: primero siente angustia y no sabe a qué, o ante qué).
- La angustia señal es un significante, al que subyace una expectativa de un peligro del que es preciso huir.

Angustia y castración

¿Por qué dedicar un apartado especial a la angustia de castración, y no por ejemplo a la angustia de muerte o a la angustia social? En primer lugar, porque resulta incuestionable el hecho de que la angustia de castración se transforma de a poco en la angustia por excelencia, la cual resignifica las angustias anteriores ante pérdidas de objeto (retiro del pecho, defecación, pérdida de amor del objeto) y es la base de las ulteriores (angustia ante el superyó, o angustia moral y social). Por otro lado, es la angustia nodal del Edipo, estructura de por sí determinante en la estructuración del aparato (y de la neurosis). El complejo de Edipo no alude a esa historia simplista e ingenua que de él ha elaborado el saber popular (y que muchos psicoanalistas han asimilado con complicidad), según la cual el niño se enamora de la madre y el padre se enoja por ello, sino que sobre todo señala la entrada del sujeto a una sexualidad reglada y marca su inscripción en un orden que entra en relación con su deseo y su cuerpo atravesado por la pulsión.

En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), afirma Freud que la angustia de castración remite a la angustia de pérdida de objeto, pues la posesión del falo sería la condición para la unión con aquel (la madre), y a su vez la ausencia del objeto reenvía al sujeto a un estado en que un incremento de tensión causado por la insatisfacción de la necesidad amenaza con un desarrollo de angustia automática, tal y como se produjo en el acto de nacimiento (Valls, sin fecha : 56). Hasta entonces, la angustia de castración aludía exclusivamente a la injuria narcisista que implicaba el peligro de perder el miembro tan querido. Esta significación no es desplazada por la novedosa ubicación de dicha angustia en la serie angustia- peligro – desvalimiento. A continuación veremos las aportaciones que Freud fue haciendo en sus textos sobre algunos elementos que otorgan luz sobre la problemática de la angustia de castración.

Comenzaremos con el *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (1909), texto que da cuenta del historial que indudablemente introduce de lleno en la teoría de Freud la idea del complejo de castración.

Se encuentra un apenas disimulado amor a la madre y una amenaza de castración (1909 : 1366) en que ella misma le advierte que le cortarán la cosita si insiste en tocarla. Esta amenaza sería el punto de anclaje del complejo de castración y de su respectiva angustia que sobrevendrán a posteriori. La fantasía del fontanero (1909 : 1397) que le clava un destornillador en la barriga es una formación sustitutiva de esta angustia de castración. En *Juanito* múltiples elementos –tanto de sus síntomas como en sus sueños y fantasías – remiten obviamente a la angustia de castración (y no podría ser de otro modo, ya que de lo que se trata es de atravesar y superar el complejo de Edipo), pero creo que su estudio detallado merecería un trabajo aparte. Sí me detendré, en cambio, en una última fantasía, también construida con el fontanero como personaje, en la que éste le quita la cosita y le da una más grande (1909 : 1415-6). Freud concluye que con esta fantasía queda dominada en *Juanito* la angustia procedente del complejo de castración, y lo que hasta entonces era una amenaza peligrosa (la castración) es transformado en una feliz espera (le crecerá) (1909 : 1417). Esto merece algunas conclusiones:

1. La angustia de castración del complejo de Edipo llega a un fin, en este caso (¿en todos?) con una fantasmaticación, con una ligazón a algo del orden de las representaciones palabra.
2. La solución simple sería afirmar : hasta entonces creía que realmente lo castrarían y ahora se percató de que ello nunca ocurrirá. Pero si recordamos la nota al pie de la página 1367 en la que afirma que el propio niño imaginativamente construye el peligro de castración a partir de ciertas alusiones, debemos descartar que en la angustia de castración se trate de un peligro real y externo (al mismo tiempo, esta referencia nos serviría para nuevamente replicar al Freud de la última época, quien querrá percibir en la castración un peligro real; este problema ya fue tratado en apartados anteriores).

3. Quisiera realizar una observación (quizá una hipótesis) que temo parezca arbitraria o vana. Gracias a *El Yo y el Ello* (1923b), sabemos que la angustia de castración se muda en angustia ante el superyó (lo que indica su incidencia más allá del Edipo) porque éste se constituye por identificación con la figura amenazante. También conocemos que el superyó tiene íntima relación con la voz, con lo auditivo, con un imperativo que se inscribe en forma audible. Precisamente en esta última fantasía del fontanero, en la cual se termina con la angustia del complejo de Edipo, tal elemento de la voz está presente: el fontanero *le dice* a Juanito “Enséñame el tras” y “Enséñame la cosita”. Si esta fantasía marca el fin del complejo de castración, y éste es el centro del Edipo, no sería arriesgado suponer que dicha fantasía – con su elemento audible – da cuenta del nacimiento del superyó (consecuencia del sepultamiento del complejo de Edipo).

En una nota de este mismo trabajo, Freud asevera, refiriéndose al complejo de castración, que dicho complejo tiene sus raíces en las experiencias de nacimiento, retiro del pecho y la defecación; pero “...el nombre de complejo de castración debía limitarse a los estímulos y efectos relacionados con la pérdida del pene.” (1909 : 1366).

En el texto *Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal* (1917), Freud remarca las relaciones que entre los elementos precursores del complejo de castración (por ej. las heces) y el pene se establecen a nivel inconsciente.

Nuevamente en una nota al pie en el texto *La Organización genital infantil* (1923 a) alude a la observación de que el niño adquiere la representación de daño narcisista por pérdida en el cuerpo en experiencias tan tempranas como la separación del cuerpo de la madre al nacer, el retiro del pecho y la expulsión de las heces. “Pero de un complejo de la castración no debe hablarse sino cuando tal representación de una pérdida va unida a la de los genitales masculinos” (1923 a: 2699-2700). En el texto *El Yo y el Ello* (1923b) aparece la angustia de castración como el eje del peligro que el superyó representa para el yo. El yo además se ve amenazado desde otros 2 frentes : la libido del Ello y el mundo exterior, amenazas a las que el sujeto reacciona con angustia neurótica y angustia real respectivamente. El hecho de que la angustia ante la instancia moral sea sobre todo angustia de castración queda explicada por el mecanismo de la formación del sistema superyoico. El superyó se estructura a partir de tempranas identificaciones con los objetos parentales, sobre todo el padre, quien fue en su momento el portador de la amenaza castradora. Por ello, la angustia de castración, y elaboraciones a partir de ella (como la conciencia moral y la angustia de muerte), son los elementos que subyacen en todo momento a la relación conflictiva que el yo mantiene con el superyó.

Esta aseveración constituye la primera formulación teórica más o menos detallada de la angustia de castración en la obra de Freud. En anteriores ocasiones ya se había ocupado del complejo de castración y de las fantasías de Juanito, pero es recién en este escrito en donde detalladamente queda claro el mecanismo de esta angustia, en relación a un peligro internalizado merced al proceso de identificación con la figura parental.

En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926) Freud de alguna manera reformula tanto su teoría de la angustia como de la angustia de castración. Con la nueva articulación de la angustia con los conceptos de peligro y con el acto de nacimiento como prototipo fisiológico y primer desarrollo de angustia, la angustia de castración puede entenderse como un engranaje de una cadena de situaciones peligrosas. El peligro en el acto de nacimiento viene dado por la invasión que el aparato soporta de tensiones y estímulos que producen un desborde. A continuación las angustias infantiles (de soledad, oscuridad y ante un extraño) pueden entenderse en igual sentido, ya que lo que en ellas está en juego es la pérdida del objeto (madre) que podría impedir que las necesidades y mociones insatisfechas generaran nuevamente una hipertrofia energética que daría lugar a un nuevo desarrollo de angustia. Nos encontramos ante una concepción nueva del sujeto psíquico caracterizado por el desvalimiento (orgánico y luego psíquico). La angustia de castración se enlaza también con la separación del objeto (y no sólo del pene como objeto con alto valor narcisístico) ya que su falta acarrearía una imposibilidad de unión con la madre, y por lo tanto la amenaza de que la insatisfacción de las pulsiones repita el desborde del acto de nacimiento.

La angustia de castración (y en la mujer sobre todo la angustia ante la pérdida del amor del objeto) se constituye como motor principal de las psiconeurosis sin dejar de estar, en tanto que angustia, ligada a la línea peligro – desvalimiento. La angustia de castración marca al sujeto en tanto que sujeto en relación a otro y en relación a un premio pulsional inherente a su condición.

En cuanto al acto de nacimiento creo necesario hacer una acotación más. Su carácter traumático reside en el desborde tensional al que somete a un aparato desvalido y no en su carácter de separación, ya que es una vivencia sin marca psíquica y el neonato no percibe ni vivencia nada que pueda llamarse una separación. Sí implica una separación para la madre, una castración de la madre (por la ecuación pene = niño) (1926 : 123). La temática de la castración de la madre y del niño como objeto fálico en el psiquismo de la madre fue ampliamente desarrollado por la escuela francesa.

Angustia y pulsión

En esta sección, así como en las otras, utilizo indistintamente los conceptos de pulsión e instinto, en gran medida debido a que no todos los textos freudianos leídos pertenecen a la traducción de López Ballesteros (para ser exacto, solamente Inhibición, síntoma y angustia pertenece a la edición de Amorrortu, ya que dicha versión resulta más clara). No pretendo retomar aquí la polémica sobre el uso de la palabra instinto para traducir Trieb, pero desde ya aclaro que en este trabajo la palabra pulsión o instinto no tiene connotación biológica o mecanicista alguna. Utilizo el concepto de pulsión tal y como aparece en la obra de Freud, es decir, como "...un concepto límite entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos procedentes del interior del cuerpo, que arriban al alma, y como una magnitud de la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico a consecuencia de su conexión con lo somático." (1915 a :2041).

Particularmente constituye mi afán e intención poder demostrar que en el seno del texto freudiano, pulsión y angustia siguen caminos cuyos derroteros tienden al encuentro y la convergencia. Para ello, como ya es mi metodología habitual en este informe, se examinarán algunos pasajes que pueden ayudar a comprender la ligazón entre los dos conceptos.

En el Manuscrito E (1894 a), se refiere constantemente a la tensión física que luego deriva en angustia si por alguna razón no recibe una elaboración psíquica suficiente. Esa tensión a elaborar, de la cual no puede escapar el sujeto, fuerza interna que insiste, es un primer esbozo de lo que luego será la pulsión sexual, como ese concepto límite entre lo psíquico y lo somático, que amenaza al aparato con un desborde de excitación.

En el mismo sentido, en el Manuscrito F (1894c) nos topamos con esta sentencia : "Trátase de un debilitamiento del dominio psíquico sobre la excitación sexual somática (...) que persiste desde hace tiempo y que facilita la producción de angustia ante cualquier aumento circunstancial de la excitación somática" (1894c : 3500). Esta excitación que no se agota y que problematiza la relación del sujeto con su cuerpo es otro esbozo de la teoría pulsional.

Hay que dejar claro que no se trata de ver el concepto de pulsión donde en realidad no está, donde verdaderamente no se trata de él. Lo que quiero es indicar algunos antecedentes, algunas aseveraciones que prefiguran lo que formará el conjunto de ideas decisivas de Los instintos y sus destinos (1915 a). Otro ejemplo de uno de estos prolegómenos es un fragmento de La neurastenia y la neurosis de angustia (1895c) : "...cae en la neurosis de angustia cuando se siente incapaz de hacer cesar la excitación (sexual), endógenamente nacida. Se conduce, pues, como si proyectase dicha excitación al exterior." (1895c : 196). Esta idea de una fuerza interior y constante que insiste y desencadena el conflicto indiscutiblemente nos recuerda la posterior teoría freudiana de la pulsión. Similar concepción volvemos a encontrar en Crítica de la neurosis de angustia.

En el Proyecto de una psicología para neurólogos (1895e) aparece la idea de unos estímulos que provienen del interior y a los cuales es imposible aplicar el principio de inercia (llevar la tensión a cero) ya que la fuga es imposible, y por lo tanto es necesario acumular la tensión. Y, en relación directa a la angustia, si retomamos el caso Emma, el recuerdo despierta un desencadenamiento sexual que deviene angustia; pero ello sucede sólo por la mediación de la madurez sexual, es decir, la angustia aparece por la intervención de la pulsión que encuentra su punto álgido en la pubertad.

El primer escrito que trata con cierto detenimiento el concepto de pulsión es Tres Ensayos de una Teoría Sexual (1905). En él se otorga una definición de los instintos que no difiere de la que luego dará en Los instintos y sus destinos (1905 : 1191). Se refiere a una representación psíquica de una fuente interna e incesante de excitación, que no posee cualidad alguna sino que simplemente representa cantidades de exigencia de trabajo para la vida. Ese carácter indeterminado e incualificado de la energía pulsional nos recuerda la energía que en los escritos de metapsicología es la que se mudará en angustia.

En el Análisis de la fobia de un niño de cinco años, Freud llega a la conclusión de que la angustia se debía en parte a la represión de tendencias agresivas, hostiles hacia el padre, y sádicas hacia la madre. Pero aclara que ello no es razón suficiente para admitir la existencia de un instinto de agresión, sino que se obstina en sostener la certidumbre de que hay dos instintos : sexuales y de conservación, y cada uno de ellos tiene una capacidad propia para volverse agresivo. Aunque en una nota al pie de 1923 agrega que luego tuvo que incluir en su teoría la existencia de un instinto de destrucción.

El historial de Juanito asimismo presenta múltiples ejemplos de las tramitaciones de las mociones pulsionales. La riqueza de este historial en lo que respecta a este apartado, reside en que nos demuestra que la angustia es resultado de la represión de las pulsiones en tanto que su satisfacción implicaría para el sujeto un peligro que las más de las veces gira alrededor del complejo de castración.

Cuando en sus Contribuciones al Simposio sobre la masturbación asevera que en el núcleo del síntoma psiconeurótico encontramos una manifestación sexual somática, no podemos más que ver en esa insisten-

cia de una energía que hace al orden del cuerpo y que se no se subordina al yo y sus representaciones, una manera de aludir a la pulsión. Además, si el síntoma responde a la insistencia pulsional, angustia y pulsión quedan más fuertemente enlazados, ya que debemos tener presente que el síntoma se construye para sustraerse al afecto de angustia.

Hay un pequeño texto que, más allá de carecer toda referencia a la angustia, despierta el más vivo interés. Se trata de *Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal*, donde Freud demuestra las analogías que a nivel inconsciente se establecen entre distintas representaciones (entre ellas, la muy mentada pene = niño = caca) que adquirirían a mi parecer valor significativo, estando lo significado ligado a un placer erógeno de las pulsiones parciales. Si nos detenemos en estos significantes relacionados de alguna forma a la pulsión (pene, heces, niño), justamente son los que constituirán el nódulo del complejo de castración, complejo que ulteriormente será el eje nodal de la teoría de la angustia.

En 1915 Freud publica *Los instintos y sus destinos*, donde deja asentados los principios básicos de su teoría pulsional (que luego será modificada con la introducción del instinto de muerte). En lo que respecta a nuestro trabajo, importa el hecho de que la pulsión es caracterizada como de procedencia interna y que genera una tensión constante que debe ser satisfecha o descargada, a fin de no generar displacer (ya que en el aparato psíquico el displacer se equipara a un aumento de tensión o no descarga).

Otra característica que Freud resalta es esa época se encuentra enunciada en *La Represión* (1915b) y en *Lo Inconsciente* (1915c). Me refiero a la idea de que el instinto posee un representante psíquico (alojado en lo inconsciente luego de la represión primaria) que puede ser dividido en dos aspectos: el representante – representación (contenido ideacional) y el representante – afecto (montante energético que se liga a la idea). Cuando la represión recae sobre el representante psíquico de la pulsión, cada uno de sus componentes sigue caminos divergentes. La idea queda incapacitada de devenir conciente, mientras que el representante-afecto puede elegir tres destinos, uno de los cuales es la descarga en forma de angustia (1915b : 2057).

La angustia da cuenta de lo pulsional; lo pulsional en tanto que reprimido insiste como angustia.

Por otro lado, el sujeto no liga jamás el padecimiento de angustia con el apremio de la pulsión. Los desarrollos de Freud en *Lo Inconsciente* (1915c) sobre las fases de la constitución de las fobias (donde queda claro que las formaciones sintomáticas tienen como principal fin la inhibición del desarrollo de angustia) quizá nos ayuden a vislumbrar este desconocimiento de lo pulsional que en la angustia se pone en juego. "...por medio de todo el mecanismo de defensa puesto en actividad queda proyectado al exterior el peligro instintivo. El yo se conduce como si la amenaza del desarrollo de angustia no procediese de un impulso instintivo, sino de una percepción, y puede, por tanto, reaccionar contra esta amenaza exterior por medio de las tentativas de fuga que suponen las evitaciones de la fobia." (1915c : 2071). El mecanismo de defensa al que alude implica la ligazón de la angustia (fruto de la represión) a una representación sustitutiva y a la posterior expansión de las representaciones que luego actúan como alarmas del desarrollo de angustia. Tengamos presente éste último fragmento pues es para nosotros otra arma de defensa contra la ulterior pretensión, por parte de Freud, de ligar la angustia a una amenaza del orden de lo vivido y percibido y no al empuje pulsional.

En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), la angustia es reconducida a la situación de peligro, y ésta se caracteriza por ser expectativa de una tensión hipertrófica del aparato. Aquí insertamos o reconocemos la pulsión, ya que justamente su existencia misma implica una exigencia tensional al psiquismo. El yo emite la señal de angustia cuando se percata del incremento de tensión producida por las mociones pulsionales insatisfechas. Tanto la angustia de soledad del niño, como la de pérdida de objeto y la posterior angustia de castración en cierto sentido implican la separación del objeto (la madre) que podría liberar del incremento tensional. La situación traumática de desvalimiento se caracteriza por un estado de desborde energético, es decir, las mociones pulsionales generan una tensión constante que, por el peculiar funcionamiento del aparato, generan displacer. Si toda angustia remite a un primer desvalimiento, es fácil reconocer que tal desvalimiento es producto de una exigencia pulsional que apremia al sujeto. Incluso en el caso de angustia ante un objeto externo puede entrar en juego lo pulsional (sobre todo una pulsión destructiva vuelta hacia el yo), tal y como se comenta en una nota al pie de este escrito (1926 : 157).

En conclusión, la multifacética relación de parentesco entre angustia y pulsión puede dividirse en cuatro aspectos (que al mismo tiempo coinciden con las afinidades que se fueron remarcando conforme los textos se sucedían unos a otros en el orden temporal):

1. En el caso de las neurosis actuales de los primeros escritos, la pulsión podría ubicarse en esa tensión constante que no halla una satisfacción por la acción específica y que se transmuta en angustia. Pulsión, por lo tanto angustia.
2. En los escritos que se refieren sobre todo al mecanismo represivo, la angustia entra en escena como la descarga que obtiene el representante-afecto del representante psíquico de la pulsión. Pulsión, por lo

- tanto represión, por lo tanto angustia (esto es obviamente esquemático, ya que hemos dejado en claro que la derivación en angustia no es el único destino del montante de afecto).
3. Cuando la angustia se transforma en la reacción ante el peligro, cuya significación es ligada a la experiencia de desvalimiento ante el desborde de la energía pulsional, la pulsión amenaza con la repetición del trauma y como consecuencia los mecanismos defensivos deben entrar en acción. Pulsión, por lo tanto angustia, por lo tanto represión.
 4. Para fundamentar la angustia desbordante que aparece en ciertas reacciones ante peligros externos, lo pulsional entra en juego como una moción masoquista que se agrega a la angustia realista (1926 : 157). El yo retrocedería (con angustia) directamente de la tentación de sucumbir a la satisfacción de la pulsión masoquista.

Angustia señal y angustia automática

La distinción entre angustia señal y angustia automática es claramente patrimonio de lo que hemos venido llamando la segunda teoría de la angustia en la obra de Freud. Esta discriminación, junto con las nociones de desvalimiento y la idea de una angustia como causa de la represión se usan indistintamente para señalar el punto de quiebre en que se produce la emergencia de la nueva conceptualización de la angustia. En este apartado comenzaremos por marcar los antecedentes que se pueden encontrar en sus escritos que prefiguran la distinción a la que venimos aludiendo. Luego pasaremos a los textos que introducen estos conceptos y brindaremos un resumen de lo que en ellos se afirma acerca de la angustia señal y la angustia automática.

Uno de los antecedentes a considerar es el Proyecto de un Psicología para neurólogos (1895e). Afirma allí que si la vivencia de dolor ocurre cuando ya existe el yo (y agrega - anticipándose a su idea de que el trauma de nacimiento no deja rastro psíquico - que el primero de los traumas escapan al yo), se producirá un desencadenamiento de displacer, pero al mismo tiempo el yo actúa creando catexias colaterales. Si posteriormente se recatexiza la traza mnemónica, el segundo desencadenamiento de displacer será menor ya que están las facilitaciones yoicas; y llega un punto en que, luego de suficientes repeticiones, queda reducida a la intensidad de una señal conveniente al yo (1895e: 256).

Es claro el antecedente de la angustia señal, y la angustia automática quedaría explicada como una falla de los procesos psíquicos secundarios (del yo), encargados de reemplazar a los primarios (catexia desiderativa llevada hasta la alucinación y desencadenamiento total del displacer).

Otra importante prefiguración de la angustia señal se encuentra en Lo Inconsciente (1915c), en las páginas que intentan dar cuenta de los momentos de constitución de una fobia. En un primer momento, surge la angustia a partir del afecto de la idea reprimida. En un segundo momento, se crea la representación sustitutiva y la angustia se fija en ella. El tercer momento será el que aquí nos interese como antecedente de la señal de angustia. El fin de esta tercera fase es la coerción del desarrollo de angustia emanado de la sustitución. Las representaciones que se relacionan con la idea sustitutiva reciben una carga psíquica de gran intensidad, lo que les confiere una gran sensibilidad a la excitación: "... la excitación de cualquier punto de la muralla defensiva formada en torno de la idea sustitutiva por tales elementos, provoca, por el enlace asociativo de los mismos con dicha idea, un pequeño desarrollo de angustia, que da la señal para coartar por medio de una fuga por parte de la carga (del Prec.) la continuación de dicho desarrollo:" (1915c: 2071).

Es decir, se trata de todo un sistema de alarmas y señales que indican la proximidad de aquello que producirá angustia. En este instante de la teoría, algunas avanzadas de la angustia fundamental constituyen señales que indican que en tal punto amenaza un desarrollo de angustia (recordemos cómo del miedo a que el caballo lo muerda, Juanito pasa a una fobia en que múltiples situaciones son plausibles de generar angustia, tales como la vista de caballos de carga, el jaleo con las patas, caballos con algo en la frente, ómnibus, hasta incluso salir a la calle). A diferencia de esto, en Inhibición, síntoma y angustia (1926) será casi toda la angustia neurótica la considerada como señal, y no sólo algunas avanzadas. Una segunda divergencia (sobre un fondo de preanunciación que es importante seguir destacando) es que el acento recae en puntos disímiles : "Aquí se trata de pequeñas angustias - miedo localizadas, que permiten evitar el desbordamiento por la angustia / libido de origen interno. En 1924, será la angustia la que, esquemáticamente, constituirá la señal que permita evitar un peligro entendido, en último análisis, como real." (Laplanche, 2000 : 1133) - Laplanche se refiere de esta manera a la idea de Freud de que la angustia remite a un peligro real y externo, la castración.

Posteriormente, en la Lección XXV de las Lecciones Introductorias al Psicoanálisis (1916-17), Freud afirma que el estado de apronte angustiada otorga una señal para impedir que suceda un estallido de una grave angustia.

El texto en que se expone e introduce claramente la diferenciación entre dos situaciones de angustia, angustia señal y angustia automática, es *Inhibición, síntoma y angustia* (1926). La novedad de la angustia señal es que es enteramente producida por el yo con el objetivo de inhibir el desarrollo y progreso de la moción pulsional. Esa angustia obtiene su energía de la investidura preconciente que es retirada de la agencia representante de la pulsión a reprimir.

La angustia señal es un desarrollo aminorado de angustia y cumple con una finalidad adaptativa ya que alerta al aparato y le ahorra el displacer que generaría un desarrollo completo. Por ello decimos que funciona en tanto que significativo que señala en una dirección en particular : advierte sobre la posibilidad de que nuevamente volúmenes hipertróficos de excitación invadan al aparato y se desencadene una angustia automática (Basch, 1993: 1116).

Esta angustia es una adquisición importante, ya que permite el ahorro de displacer. Nace en íntima vinculación con la realidad, pues se basa en hechos reales o vividos como reales en determinados momentos de la vida, como lo son la pérdida de objeto, la amenaza de castración o la pérdida de amor (Valls, sin fecha : 53).

En contraste, la angustia automática repite la reacción que el organismo llevó a cabo frente al primer peligro, el acto de nacimiento (cuya amenaza viene dada por la tensión creciente y el incremento de estímulos a que somete al neonato). Al repetirse esta angustia, sus descargas y manifestaciones no resultan adaptativas, es una reacción inadecuada al fin. Según Valls (sin fecha: 55), esta angustia es producida por la presencia en el aparato de una hipercantidad de excitación libidinal; es como una repetición del trauma de nacimiento, tal es la indefensión o desvalimiento del psiquismo ante la tensión de necesidad.

El factor determinante de la angustia automática es una situación traumática, y esto es, como ya vimos, una vivencia de desvalimiento del yo frente a una acumulación de excitación. La angustia señal es la respuesta del yo a la amenaza de una situación traumática, amenaza que constituye una situación de peligro.

En la Lección XXXII Freud retoma el doble origen de la angustia, es decir, como señal y en forma automática. Lo interesante es que en esta oportunidad infiere esta división de los avatares del proceso represivo. La angustia señal sólo entra en acción con el funcionamiento de la represión secundaria o propiamente dicha. Las represiones primarias nacen de instantes traumáticos en el choque del yo con una exigencia libidinosa de primera magnitud y producen angustia de por sí. Es decir, una angustia nace del instante traumático y la otra aparece como señal de que amenaza con producirse la repetición de tal instante.

Para concluir, quisiera señalar las consecuencias y la importancia de esta dicotomía en cuanto a la presentación del afecto de angustia. En primer lugar, al estar el yo en condiciones de crear la angustia señal con fines defensivos, se termina con una suerte de sujeción total del sujeto respecto de la libido que de alguna forma se desprendía de la concepción anterior, en la cual el sujeto asistía azorado a la transformación (que para el yo era absurda e incomprensible en un primer instante) de la libido en angustia. La angustia permite al yo (obviamente que estamos ante mecanismos inconscientes) desencadenar por sí mismo procesos defensivos que lo sustraerían de un gran displacer.

La aparición de la señal de angustia funciona como inhibidora del eventual desarrollo de angustia, cercano al espanto, al horror que es, en sí, desestructurante por remitir al organismo al estado de desvalimiento inicial (Jallinsky, 1993 : 1173). "El aspecto más original de la concepción freudiana de la angustia es que así como puede devenir desborde, desorganización, es ella misma, también, la que instituida como señal, activa en simultáneo, el mecanismo de autodefensa que inhibirá su propio desarrollo, impidiendo el retorno mortífero de lo mismo." (Jallinsky, 1993 : 1173)

Por otro lado, esta distinción funda una nueva temporalidad en la dimensión de la angustia. Anteriormente el instante, la actualidad, era el terreno fugaz sobre el cual se producía la angustia en tanto que derivación, decantación de una energía pulsional. En la nueva concepción que distingue angustia señal de angustia automática, se inserta la posibilidad de la expectativa, es decir, que el sujeto en el desfiladero del instante puede anticiparse a ese peligro de desborde energético, en tanto que dicho peligro amenaza con la repetición de un displacer.

Por último, resulta sugerente la conjetura de Laplanche de que quizá la angustia señal, que implica una intencionalidad hacia el peligro, sea aprehensión de ese peligro que es precisamente la angustia misma como desarrollo (2000 : 75-6). "La angustia-preparatoria sería preparación y prevención frente a la angustia-desarrollo-y-desbordamiento, que finalmente para en el espanto." (Laplanche, 2000 : 76).

Conclusión

Finaliza así la revisión del concepto de angustia en la obra de Freud. A través de estas páginas ha quedado plasmada la magnitud de su importancia en la teoría psicoanalítica debido a la cantidad de formulaciones que Freud le dedicó a lo largo de sus escritos teóricos y a la vinculación que en todo momento mantiene con conceptos primordiales como los de pulsión, síntoma y represión.

Gracias al estudio detenido de los textos, se ha arribado a la certidumbre de que efectivamente existen dos teorías freudianas de la angustia, y se ha dado aquí una descripción pormenorizada de cada una de ellas. Se han marcado los puntos en que ambas concepciones divergen y los términos que en cada una de ellas poseen valor especial.

La primera teoría de la angustia ha quedado caracterizada por el intento de explicar la angustia como la transformación directa y actual de la energía del aparato que busca derivación. Aunque en un comienzo servía únicamente para brindar una mejor comprensión acerca de las neurosis actuales, sus principios se hicieron aplicables a la teoría de las psiconeurosis.

La segunda teoría de la angustia se describe como consecuencia de una serie de quiebres y giros con respecto a la primera, impuestos por nuevos descubrimientos que sobre todo se refieren a la aparición de la segunda tópica del aparato psíquico. Se modifica la posición de la angustia en relación a la represión, ya que en esta última teoría la primera precede y hace posible al proceso represivo. Esta concepción supone especialmente un nuevo centro de interés, representado por la noción de peligro ante el que toda angustia es expectativa. Ya no persiste la transmutación energética de la angustia, sino que se impone la certeza de que la angustia puede ser creada por el yo.

Algunos caracteres permanecen inalterados a pesar de la radicalidad del cambio que implica la última teoría respecto a su predecesora. Sobre todo en lo que consideramos acerca de la angustia como un afecto más inscripto dentro de una amplia teoría de los afectos. Dicha teoría es formulada estando en vigencia la primera teoría freudiana de la angustia, y no sufre modificación alguna luego de que la segunda concepción desplaza a la anterior. La angustia sigue siendo un afecto que halla su prototipo y primera emergencia en el acto de nacimiento. Tal vez el único cambio que se introduce con la nueva teoría de la angustia es la novedosa explicación que recibe el traumatismo del nacimiento, ya que su amenaza deja de estar ligada a una separación o añoranza, y pasa a ser enlazada al concepto de desvalimiento.

La nueva teoría de la angustia no sólo irrumpe con una nueva caracterización y definición de dicho afecto, sino que de por sí impone que queden alteradas las relaciones de la angustia con otros conceptos. Este hecho nos señala la coherencia e interrelación que los conceptos freudianos mantienen entre sí a pesar de – y gracias a – las evoluciones teóricas que la clínica del sujeto iba requiriendo. En el caso de la pulsión, este fenómeno es claramente visible a partir del apartado que se le dedicó. En la primera teoría, angustia y pulsión quedaban enlazadas porque aquella se hacía cargo de la energía pulsional, ya sea porque ésta haya quedado insatisfecha, ya porque la represión la hubiese dejado en estado de desligadura. En la segunda teoría, el papel de la pulsión pierde coherencia a consecuencia de la contradicción que Freud provoca cuando asevera que la pulsión no es amenazante en sí misma. Si dejamos de lado esta aseveración, en general la pulsión aparece en esta segunda concepción como vinculada al desvalimiento, ya que la situación traumática ante la que la angustia se transforma en señal de alerta fue producida por el empuje pulsional que inundó de energía al aparato.

Asimismo el lazo de la angustia con la representación no es ya el mismo luego de enunciada la segunda teoría. En un comienzo la representación mantenía un parentesco con la angustia ya que ésta aparecía como resultado de una falla de la participación del trabajo representacional para la elaboración de la tensión en el caso de la neurosis de angustia, y en el caso de las psiconeurosis devenidas luego de la represión, la angustia aparecía como vía de descarga del montante de afecto separado de la representación. En contraste, con la segunda concepción de la angustia si debemos otorgar un papel a la representación, es para destacar el estatuto significativo que adquiere la angustia señal.

En el mismo sentido, la angustia de castración era conceptualizada en la primera teoría sobre todo ligada al temor de la herida narcisista que para el yo representa la amenaza castradora. En cambio, consecuentemente con los aportes de la ulterior concepción respecto del desvalimiento, la angustia de castración se entiende ahora como una nueva reacción a la amenaza de perder el objeto (madre) que mantiene al sujeto alejado del trauma del desvalimiento.

Estos y otros aportes espero que se reconozcan a este trabajo. Pero, más allá de todo, la riqueza de esta revisión debe buscarse allí donde desde un comienzo quiso estar, es decir, en el hecho de que da cuenta de un posible recorrido por algunos trabajos freudianos para seguir el rastro de una evolución conceptual. Se ha tenido mucho recaudo en no caer en la tentación de proclamar enfáticamente y como desde una tarima generalizante que la angustia en Freud es tal o cual cosa. Prefiero ser fiel al contenido de este

informe y de la obra freudiana, y contentarme con haber demostrado que si el concepto de angustia es tan importante es justamente por no ser un enunciado cristalizado, sino un concepto multifacético, cambiante y que - cual una enredadera - penetra en diversos intersticios que lo conducen a estrechas ligazones con otros aspectos de la teoría.

Quisiera concluir con algunas propuestas de investigación que se podrían desprender de - y complementar a - este trabajo. Sería interesante estudiar algunas facetas que aquí se dejaron de lado, tales como la relación de la angustia con cada una de las estructuras neuróticas y la inscripción de este afecto en cada una de las tópicas. Asimismo, el tema de la angustia puede generar la inquietud de hacer una revisión acerca de la concepción freudiana del cuerpo.

Referencias bibliográficas

- Abadi, M. (1993). "Identikit de la angustia". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo L nº 6. 1093-1108.
- Barredo, C. Paulucci, O. (1993). "Clínica de la angustia: acting out y pasaje al acto". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo L nº 6. 1109-1114.
- Basch, C. (1993). "Llamado al Otro, angustia señal". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo L nº 6. 1115-1122.
- Berouti, R. (1993). "La angustia como identificación: su función "gobetween" o mensajera en la cura". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo L nº 6. 1123-1140.
- Borensztejn, C. (1993). "Los estados mentales y la angustia". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo L nº 6. 1141-1148.
- Cosentino, J. (1998). *Angustia, Fobia, Despertar*. Eudeba. Buenos Aires.
- Emanuel, R. (2001). *La angustia*. Editorial Longseller. Buenos Aires.
- Foucault, M. (1999). *El nacimiento de la clínica*. Siglo veintiuno editores. México d.f..
- Freud, S. (1973). *Obras Completas*. Tres tomos. Biblioteca Nueva. Madrid.
- (1892). "Manuscrito A".
- (1893 a). "El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos".
- (1893b). "Manuscrito B".
- (1894 a). "Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia?".
- (1894b). "Las neuropsicosis de defensa".
- (1894c). "Manuscrito F".
- (1895 a). "Obsesiones y fobias".
- (1895b). "Manuscrito J".
- (1895c). "La neurastenia y la neurosis de angustia".
- (1895d). "Crítica de la neurosis de angustia".
- (1895e). "Proyecto de una Psicología para neurólogos".
- (1896 a). "Manuscrito K".
- (1896b). "Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa".
- (1896c). "Carta 52. Correspondencia con Fliess".
- (1897). "Carta 75. Correspondencia con Fliess".
- (1898). "La sexualidad en la etiología de las neurosis".
- (1900). "La Interpretación de los Sueños. Capítulo VII. Psicología de los procesos oníricos".
- (1905). "Tres Ensayos para una Teoría Sexual".
- (1907). "El delirio y los sueños en la <Gradiva> de W. Jensen".
- (1908). "Teorías sexuales infantiles".
- (1909). "Análisis de la fobia de un niño de cinco años".
- (1910). "El psicoanálisis silvestre".
- (1912). "Contribuciones al Simposio sobre la masturbación".
- (1913). "Tótem y Tabú. Capítulo IV. Sección III."
- (1915 a). "Los instintos y sus destinos".
- (1915b). "La Represión".
- (1915c). "Lo Inconsciente".
- (1916-17). "Lecciones introductorias al psicoanálisis. Lección XX : La vida sexual humana. Lección XXV: La angustia".
- (1917). "Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal".
- (1919). "Lo Siniestro".
- (1920). "Más allá del Principio del Placer".

- (1923 a). "La organización genital infantil".
- (1923b). "El Yo y el Ello".
- (1925 a). "Las resistencias contra el psicoanálisis".
- (1925b). "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica".
- (1926). "Inhibición, síntoma y angustia". Amorrortu editores. Volumen XX.
- (1933). "Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis. Lección XXXII : La angustia y la vida instintiva".
- Goldstein Herman, F. (1993). "La angustia y la "libre elección" de las asociaciones libres". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo L nº 6. 1149-1168.
- Jallinsky, S. (1993). "La angustia o Pasión y agonía de la pulsión". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo L nº 6. 1169-1188.
- Kancyper, L. (1993). "Angustia y poder en la confrontación generacional". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo L nº 6. 1215-1232.
- Laplanche, J. (2000). *Problemáticas I. La angustia*. Amorrortu editores. Buenos Aires.
- Laplanche, J. Pontalis, J. (1974). *Diccionario de psicoanálisis*. Editorial Labor s.a.. Barcelona.
- Levis de Aconcia, N. Gorjman, L. Gorlero, J. Mom, J. (1993). "La angustia". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo L nº 6. 1071-1092.
- Lichtmann, A. (1993). "Hilflosigkeit, narcisismo e historicidad. Acerca de la angustia de desvalimiento o desamparo". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo L nº 6. 1233-1246.
- Milmaniene, J. (1993). "La angustia, entre el deseo y el goce". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo L nº 6. 1247-1254.
- Milmaniene de Zylberman, M. (1993). "El acting out y su relación con la angustia". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo L nº 6. 1281-1286.
- Sartre, J-P. (1971). *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Alianza editorial. Madrid.
- Stubrin, J. (1993). "La angustia: factor determinante del actuar sexual compulsivo". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo L nº 6. 1255-1268.
- Valls, J. (sin fecha). *Diccionario Freudiano*. Sin editorial. Buenos Aires.